
BOLSILIBROS BRUGUERA
Selección
TERROR
CURTIS GARLAND
LAS MORBOSAS


st
SELECCION
TERROR

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS
EN ESTA COLECCIÓN

275 — La helada voz del infierno, *Silver Kane*.
276 — ¡Mata, pequeña Elsa, mata!, *Clark Carrados*.
277 — Yo encontré a Frankenstein, *Curtis Garland*.
278 — La soledad del corredor de muerte, *Silver Kane*.
279 — Aquí vive el Diablo, *Clark Carrados*.

CURTIS GARLAND

LAS MORBOSAS

Colección SELECCIÓN TERROR n.º 280
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA – BOGOTÁ – BUENOS AIRES – CARACAS – MÉXICO

ISBN 84-02-02506-4
Depósito legal: B. 13.928 - 1978
Impreso en España - *Printed in Spain*.

1ª edición: julio, 1978

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1978

¿Es absolutamente preciso, para provocar el terror en un lector, acumular efectos como la lluvia, los relámpagos y truenos, la noche oscura y tétrica, los elementos siniestros de apariencia lúgubre y otros recursos fáciles que introduzcan a quien lee en un clima de pesadilla?

Tal vez no. Por eso voy a intentar aquí provocar la tensión, el «suspense», y hasta el terror, si ello es posible, a pleno sol, en un escenario luminoso y alegre, con hombres y mujeres aparentemente normales, y en un clima de desenfado, frivolidad y sexo.

Si entre todo ello, logra emerger un soplo de inquietud, de zozobra o desasosiego, será la prueba de que el experimento dio resultado positivo.

Si no... mis perdones, lector. Pero que conste que lo hice con la mejor de las intenciones.

CAPITULO PRIMERO

El cuerpo semidesnudo emergió de las aguas de la piscina, perlado de cotas de sudor el bronceado terso de aquella figura voluptuosa, de lascivas curvas rotundas, un minúsculo bikini plateado, de dos diminutas piezas, apenas si se bastaba para ocultar el remate de los espléndidos pechos redondos y el triángulo oscuro y rizoso entre sus muslos magníficos.

Era una hembra impresionante, y lo sabía. Se movió con majestuosa arrogancia hasta una mesa situada bajo una sombrilla de vivos colores. Se acomodó en una silla de trenzado plástico, sin cubrirse con prenda alguna. Simplemente secó con una toalla amarilla algunas partes de su soberbia anatomía.

Luego, se puso sobre la nariz respingona unas gafas de sol de montura metálica y cristales de espejo, en un intenso tono azul metálico. Él lugar, con sus palmeras, sus baldosines de colores, su piscina en forma de óvalo, de azules y limpias aguas, se reflejó repetido en los cristales espejeantes.

Ella exhaló un suspiro entre sus húmedos labios gordezuelos, y se sirvió un zumo de fruta de una botella situada junto a sí.

Se quedó mirando hacia la piscina, donde otra mujer tan exuberante y llamativa como ella, pero muy rubia y de larga cabellera lisa, emergía del fondo de las aguas, con fácil brazada. Nadó luego hacia la orilla y subió los tres escalones de acceso a la zona de baldosas multicolores. Cimbreando su alta, broncínea figura, de rubio vello que se adivinaba frondoso bajo la diminuta pieza inferior de su bikini verde esmeralda, avanzó hacia la mujer morena, de gafas de espejo, sentada al abrigo del fuerte sol, bajo la lona de mil colores.

—Siéntate —dijo la morena, mostrando otra silla vacía junto a la mesa—. ¿Tomas algo? Nada de alcohol, claro. Con este calor, no sienta bien beber.

—Dame un refresco, gracias —asintió la rubia, cuyos grandes ojos claros se fijaron en las gafas, sin lograr vislumbrar tras aquel doble muro de espejo las pupilas de su amiga.

Se acomodó, tras friccionar sus pechos y muslos con una toalla. La amiga morena contemplaba fijamente a su compañera, tras el antifaz perfecto de sus gafas de sol. Pareció complacida de su presencia, y recorrió minuciosamente cada zona de la piel rubia, tostada al sol, por donde pasaba la toalla en suave fricción.

—Eres muy hermosa —comentó fríamente con voz inexpresiva, sirviendo un alto vaso de fresco zumo a su amiga—. Supongo que te lo ha dicho mucha gente, Amy.

—Sí, algunas personas —rió de buena gana la rubia, estirando sus piernas perezosamente y echándose atrás de tal modo, que sus senos apuntaron turgentes hacia lo alto. Los ojos de la morena se clavaron en esas formas rotundas. Pareció sentir algún nerviosismo, porque se humedeció los labios

con la punta de la lengua, pero no comentó nada. La rubia prosiguió, tomando el vaso de manos de su compañera—: Gracias, Sybil. Eres muy amable conmigo.

—Bah, tonterías —rechazó la otra—. Estamos juntos todos aquí, ¿no es cierto? Tú, yo... y nuestros respectivos mandos, naturalmente. Ah, y Glenda con su amante de turno... Es lógico que nos tratemos lo mejor posible. Especialmente, nosotras dos.

—¿Por qué dices eso? —Miró pensativa la rubia Amy a la morena Sybil —. ¿Tienes algo especial contra Glenda, tal vez?

—No, no —sonrió Sybil, encogiéndose de hombros—. Nada contra nadie, querida.

—¿Entonces...?

—Bueno, me caes mejor tú, eso es todo. Y hay motivo para ello.

—¿Cuál? —Se extrañó Amy—. ¿Tal vez... que ella no sea casada?

—Oh, qué tontería. No, no es eso. A mí también me gustaría tener un amante, en vez de un esposo como Alan.

—¿Qué tiene de malo Alan? —Enarcó sus doradas cejas Amy—. Es guapo, atractivo y de una edad muy interesante, aunque a ti te lleve algunos años. Y por si fuera poco... es rico.

—¿De veras piensas que es guapo y atractivo?

—Sí. ¿Tú no?

—No puedo pensar eso de Alan. Le odio.

—¿Qué dices? —pestañeó Amy, asombrada.

—Sí, has oído bien. Muy bien, Amy. Odio a Alan. No puedo soportarle.

—¿Tú dices eso, teniendo dinero, esta propiedad, esta clase de vida... con un hombre que no es viejo, ni feo ni de mal tipo? No te entiendo, Sybil. Además, te quiere, siempre está pendiente de ti... y nunca oí que tuviera amantes ni nada parecido.

—A pesar de todo eso, Amy. Lo digo, y lo siento.

—¿Qué dirías, entonces, si estuvieras en mi lugar? Larry es un fracasado, un hombre débil y quebradizo, no tiene éxito en casi nada de cuanto emprende, yo soy para él como un bonito juguete... y sé que tiene enredos amorosos a mansalva. ¿Qué te parece mi caso al lado del tuyo?

—Horrible. ¿Y no le odias?

—¿Odiarle? No, no siento odio hacia Larry, sino indiferencia, aburrimiento, tal vez hastío...

—De eso al odio, sólo hay un paso.

—Tal vez, pero creo que me costaría darlo. No puedo odiarle aunque quiera. Quizá sea peor lo que siento por él. Es como no sentir nada. Ni bueno ni malo.

—Sí, tal vez tengas razón —se mordió el labio inferior, pensativa. Luego soltó una breve risita que no parecía tener sentido en ese momento.

—¿De qué te ríes? —preguntó Amy, sorprendida.

—Se me había ocurrido algo... —meneó la cabeza, de rizoso cabello

oscuro, y despidió algunas gotitas de agua—. Bah, será mejor olvidarlo. Es demasiado terrible. Incluso para mí.

—¿A qué te refieres?

—Si me prometes no asustarte ni escandalizarte, te lo diré.

—Pues... sí, lo prometo —admitió Amy, tras una duda, mirando perpleja a su amiga—. ¿De qué se trata?

—Oh, es como un juego. Tú no sientes nada por Larry.

—No, nada.

—Pero es tu marido. Es católico. Y supongo que puede acostarse con cuantas le dé la gana, sin nacerte caso a ti, y sin concederte el divorcio.

—Sí, supones bien.

—Yo odio a mi marido. Podría separarme de él, pero perdería todo esto, porque él no me da motivos para una separación, y por tanto tendría que ser renunciando a todo. Me quedaría sin todo esto que me rodea, sin lujos ni dinero. ¿Te das cuenta? Es una situación diferente, pero idéntica para ambas en el fondo. En suma, estamos hartas de nuestros maridos.

—No veo el juego por ninguna parte... —vaciló de nuevo Amy, sin ver adónde iba a parar su amiga.

—Es claro. Ambas quedaríamos muy satisfechas con una misma solución.

—¿Cuál?

—Matar a nuestros maridos.

—¡Sybil!

—Prometiste no horrorizarte —rió Sybil—. Ya te dije que es un juego. Veamos cómo mataríamos a nuestros respectivos esposos... sin que nadie sospechara nada.

Yo cobraría su herencia, tú serías libre de elegir ya a otro hombre... El crimen perfecto seria si, tú y yo, unidas, terminásemos con ellos dos.

—Sybil, ese juego es una locura. Es..., es algo morboso...

—Morboso, pero deseable —musitó la morena, desperezándose—. Muy deseable para ti y para mí. Veamos cómo podríamos asesinarlos a los dos... y que el doble crimen quedase impune A cambio de ello... tendrías la mitad de mi herencia. Es una buena oferta, ¿no, querida?

Y estirando su brazo, suavemente, los dedos de Sybil acariciaron primero el brazo de Amy, deslizándose luego hacia los rubios y hermosos pechos semidesnudos, que acarició con dulzura.

* * *

Hazel Roberts salió de la ducha, tan vestida como Eva en el paraíso, y estiró el brazo, tomando una toalla amplia y esponjosa con la que envolvió a medias su cuerpo, cubriendo la desnudez húmeda y voluptuosa de sus grandes y duros senos, sus nalgas rotundas y una parte de sus firmes muslos macizos.

Marko Rizzoli la contempló absorto. El moreno y guapo play-boy no parecía cansarse de admirar las formas de su amante, la hermosa y

provocativa Hazel, con quien convivía en aquel idílico paraje rodeado de palmeras, cuidada vegetación y el mar lamiendo suavemente las arenas y arrecifes de Cayo Tortuga.

—¿Qué haces aquí? —Le preguntó Hazel, sorprendida, frotándose suavemente la piel mojada con la toalla—. Creí que estarías ya en el campo de tenis...

—He cambiado de idea —sonrió el moreno joven, guiñándole un ojo y poniéndose en pie. Echó a andar hacia ella, con una expresión maliciosa. Rápida, Hazel corrió hacia el dormitorio, negando con la cabeza.

—Ah, no, no —lió burlonamente—. Ni pensarlo, querido. No vas a convencerme ahora.

—Hazel, te lo niego... —pidió él—. Estás tan hermosa...

—No. Ahora, no. No lo intentes.

—Nunca debiste salir desnuda de la ducha. Me has provocado...

—Pues te aguantas. Tenemos todo este fin de semana para nosotros. ¿No te conformas con eso? La invitación de Sybil ha sido muy generosa. Disfrutaremos de unos hermosos días en este Cayo. Es algo que no pude imaginarme. Las cosas no van demasiado bien en nuestro trabajo, y hemos de dar las gracias por tener la dicha de disfrutar de este descanso. Veremos luego si se arregla lo de la próxima película. En caso contrario, no sé lo que podremos hacer, Marko.

—Confía en ello, Hazel —sonrió el joven, alentador—. Todo saldrá bien.

—Tú eres demasiado optimista —movió ella la cabeza, con aire dubitativo —. No sé, no veo tan clara la situación. De momento, gocemos de estos días. Sybil es muy generosa. No repara nunca en gastos.

—Claro —rió sarcástico Rizzoli—. Pagando todo su rico marido...

—Es lógico que lo haga —hubo cierto desdén en el tono de Hazel Roberts, la hermosa y llamativa actriz de cine—. Está loco por Sybil.

—¿Y ella? —ironizó el joven.

—No sé —se encogió de hombros Hazel—. Es amiga mía. Y nuestra anfitriona: es amable con nosotros. Y muy generosa. No me gusta hablar mal de una persona así. Ni tan siquiera criticarla.

—De acuerdo, de acuerdo —agitó sus manos Marko, conciliador—. La fiel y noble amiga. Eres siempre igual. Sólo estaba tratando de hacer un comentario sin importancia.

—Pues recuerda que disfrutamos de su hospitalidad.

Sybil fue compañera mía al empezar las dos nuestra carrera de actrices. Ella tuvo la fortuna de conocer a un Alan Larkin, y su vida cambió. Yo debo seguir en mi trabajo. Me alegra que haya tenido suerte.

—¿No preferirías haber sido tú quien la tuviera? —bromeó Marko.

—No sé. Lo cierto es que las cosas han ocurrido así, y eso ya no puede cambiarse. Me basta con ver que tuvo suerte y éxito.

—Siempre rindiendo culto a la amistad... —trató de aferrar a la joven, pero definitivamente, ella se escabulló, cerrando la puerta tras de sí. Marko maldijo

entre dientes y, enfurruñado, se fue de nuevo a su asiento, tomando un ejemplar de la publicación cinematográfica ilustrada, el mismo que estaba hojeando antes, cuando la visión de la desnudez de su amante le excitó—. Mujeres... —rezongó entre dientes—. Siempre igual de sentimentales. De todos modos, su amiga Sybil hace favores como quien da limosna a los pobres. No sé por qué ha de serle tan fiel en la amistad. No me gusta el todo esa mujer. Hay algo raro en ella... Algo frío y extraño. No me sorprendería mucho que, con la más dulce y amable sonrisa del mundo, fuese capaz de matar a su marido y quedarse con su dinero. Y si fuese Hazel quien tuviera un marido rico, no dudaría en quitárselo con las peores artes. Es hermosa también... y no tiene escrúpulos, o yo estoy muy engañado. Es más: diría que tiene algo de... de lesbiana.

Y se sumergió en la lectura, con un gesto agrio, nada amistoso, hacia la persona en quien estaba pensando en voz alta, sin importarle demasiado la gratitud que le debía por estar allí, disfrutando de su hospitalidad.

Una nueva idea pareció asaltarle, y también la expresó en voz alta, siguiendo aquel monólogo consigo mismo:

—Por otro lado, tal vez nos haya invitado por algún interés personal... Me pregunto si no estará demasiado harta de soportar a un marido rico... y ha pensado en un joven que pueda hacerla feliz como macho... Y ese hombre podría ser yo. Seguro que Sybil Larkin no tendría ningún escrúpulo en engañar a su amiga del alma, acostándose conmigo... —sonrió malévolamente, meneó la cabeza, recordando la hermosura morena y sensual de la dama, y murmuró—: Bueno, si se presenta la ocasión..., ¿por qué no aprovecharla, especialmente si ella paga generosamente el favor?

Y con cínica complacencia, siguió hojeando la revista, aunque sus pensamientos ahora giraban en torno a la posibilidad de gozar de los encantos físicos de Sybil Larkin, su anfitriona, cotizándose además por ello.

* * *

Stella Parsons dejó de tomar el sol en la terraza de la residencia que se levantaba entre las palmeras y setos de Cayo Tortuga, el islote propiedad de Alan Larkin.

—¿Qué es eso? —Y extendió la mano, tomando unos potentes binoculares situados a su lado, junto al suave aceite bronceador y el vaso de zumo de frutas—. Parece que ocurre algo...

Asestó los prismáticos sobre la forma que se agitaba en las aguas, frente a la forma semicircular de la arenosa playa que miraba hacia el golfo de México. Ciertamente, algo ocurría.

Una embarcación a motor estaba zozobrando en esos momentos, a escasa distancia del Cayo. Parecía ocuparla solamente una persona, que luchaba en vano por mantener la estabilidad de la ligera embarcación.

Pero ésta se escoraba cada vez más a babor, el agua penetraba en ella, y el

motor parecía no funcionar. Su ocupante, a la desesperada, trató de arribar con ella a la zona de la playa, pero no le fue posible.

Rápidamente, la canoa cedió de lado, se volcó, y fue medio engullida por las aguas, golpeando en unos arrecifes, que astillaron su casco de madera y plástico, terminando por sumergirla del todo en el mar.

El ocupante se había lanzado momentos antes al agua y ahora nadaba con fuerza hacia la playa, de la que posiblemente estaba a una media milla de distancia. Pero era el primer lugar de tierra firme al que podía dirigirse, y braceaba con fuerza, rítmicamente, para alcalizarlo antes del agotamiento físico.

Stella Parsons, cuidadora y administradora de la finca y del Cayo propiedad de los Larkin, soltó los prismáticos con una exclamación, precipitándose luego escaleras abajo, hacia la piscina rodeada de palmeras y jardines.

—¡Ese hombre puede ahogarse si se fatiga o sufre un calambre! —murmuró—. Y el agua tiene mucha profundidad en esa zona...

Cruzó rápidamente junto a la piscina, sin ver a nadie. Las sillas y parasoles aparecían allí, pero sin persona alguna a la vista. Sin duda, Sybil y su amiga Amy Feldon se habían retirado ya, al declinar el sol hacia el oeste.

La figura atlética y armoniosa de Stella Parsons alcanzó un embarcadero de recreo, situado a un lado de la playa. Miró en derredor nuevamente, sin ver absolutamente a nadie. Tomó una rápida decisión.

Saltó a una canoa a motor allí amarrada, y la puso precipitadamente en marcha, enfilando su proa mar adentro, y lanzándose a toda velocidad, hasta rodear el promontorio y vislumbrar al náufrago, a alguna distancia, luchando por llegar a la orilla.

Hendiendo las aguas. Stella Parsons llevó la embarcación hasta el lugar donde nadaba vigorosamente el desconocido, y frenó el motor, quedándose quieta la embarcación, meciéndose en las azules y limpias aguas.

—Vamos, suba —le invitó ella, inclinándose por la borda, para recogerle —. Tal vez hubiese terminado por tener éxito en su intento, pero es más seguro así.

—Sí, gracias —asintió él, resoplando, al saltar a bordo, totalmente empapado—. Empezaba a sentirme cansado, señorita... No sabe cómo le agradezco este favor...

—No diga nada. Iremos a tierra. Bien venido a Cayo Tortuca, aunque su arribada no haya sido demasiado feliz. Y vaya quitándose esas ropas. Cae la tarde y está refrescando. Podría enfriarse en esas condiciones.

—Bueno, es que no llevo bañador debajo —arguyó el desconocido, con una sonrisa confusa en su rostro viril, anguloso, de facciones enérgicas, bajo los cabellos revueltos y mojados, de cabello ondulado, muy rabio, en contraste con su bronceada piel—. Sólo un Slip...

—¿Y qué? —Stella Parsons le miró indiferente—. No será el primer hombre desnudo que veo. No haga tonterías, y desvístase. Es lo mejor.

—Está bien —suspiró él—. Con su permiso...

Y se quitó camisa, pantalones, zapatos de lona y calcetines, quedándose desnudo, con la excepción del breve slip blanco, que era lo único que ahora cubría una porción de su cuerpo musculoso, joven y atlético, hacia el que Stella no pudo evitar dirigir una mirada admirativa, aunque no comentó nada.

La canoa se aproximó a tierra, hasta amarrar en el embarcadero de Cayo Tortuga. Los grises ojos de la mujer de cabello rubio oscuro se volvieron hacia él.

—Venga conmigo —invitó—. Le facilitaré alguna ropa seca. Luego le presentaré a los dueños de todo esto. Me temo que tendrá que pernoctar hoy aquí, dadas las circunstancias.

—Eso sería abusar de ustedes...

—No diga tonterías. Sólo tenemos aquí esta canoa. No creo que nadie quiera perder las horas llevándole a alguna parte, al menos esta noche, señor...

—Mallory —se presentó el, con su cautivadora sonrisa—. Frank Mallory. Detective privado...

CAPITULO II

—¿Detective privado? ¿Es posible?

—Sí. Pero no interprete mal las cosas —rió Mallory—. No soy de esa clase que muestran el cinc y la televisión, una especie de héroe inteligentísimo e infalible, que descubre crímenes y al final se queda con la heroína. Eso es sólo en las películas y en las novelas, créanme. Mi oficio, en la realidad, es harto aburrido y rutinario. Pequeños problemas conyugales, pesquisas personales, seguir a una persona, descubrir un adulterio o facilitar una demanda de divorcio. Eso es todo.

—Aun así, tiene algo fascinante —ponderó Sybil Larkin, contemplando con vivo interés el nuevo huésped a quien acababa de presentar Stella Parsons —. ¿Nunca ha surgido un hecho misterioso, nunca tuvo que pelear con nadie para salvar su vida?

—Siento defraudarla, señora, pero... no —negó Mallory—. Nada de eso. Lo siento.

—¿Qué puede hacer un detective privado en estos alrededores? —se interesó el hombre alto, vigoroso, de cabello canoso y elegante figura., que se hallaba junto a Sybil Larkin, y que le fuera presentado como su marido, el millonario Alan Larkin, dueño de aquel islote al sur de Florida.

—Algo tan vulgar como intentar pescar en un fin de semana —suspiró Frank Mallory—. La canoa era de segunda mano, la adquirí barata.. y ya han visto. No duró mucho. Bastó encallar en un arrecife, para que se fuese al fondo y casi me arrastrase a mí consigo. Por cierto, lamento mucho serles una carga ahora...

—Nada de eso —cortó Sybil Larkin vivamente—. El destino le ha traído hasta aquí, y como Stella le dijo, no hay más que una canoa en el Cayo, aunque podríamos pedir una a tierra, por medio del radioteléfono que tenemos aquí instalado. Pero todo eso sería más engorroso que rogarle que pernocte aquí esta noche, como invitado nuestro. ¿Qué responde?

—Bien, si no les molesto en exceso...

—Ya está todo hablado, entonces —sonrió su marido—. La cena será a las ocho. Y no necesita ir con esas horribles ropas que Stella le ha facilitado. Tenemos una figura parecida. Le enviaré algo de ropa mía a su habitación. ¿Tiene ya una designada para alojarse, querida?

—Claro —asintió Sybil, que miraba con sumo interés al desconocido—. Será la del lado sur, la que cae sobre las pistas de tenis. Es individual y confortable. Puede ir a asearse. La doncella le llevará su ropa en seguida, señor Mallory. Y sepa que, aunque su oficio no sea tan romántico como parece en el cine, a mí sigue resultándome fascinante.

—Es muy amable, señora Larkin —sonrió Mallory, inclinándose cortés, y saliendo de la habitación donde se hallaba el matrimonio, reunido con sus otros invitados, los Feldon.

Stella, que le siguió al exterior, le invitó a seguirla.
—Yo le llevaré a su habitación —dijo la administradora del lugar, llamando luego en voz alta—: ¡Sally!
De otra puerta cercana, surgió una jovencita uniformada de negro, con delantal. Tendría unos diecinueve o veinte años, y evidentemente era la doncella de los Larkin. Sus grandes ojos oscuros miraron con vivo interés al atlético joven, y luego respetuosos a la acompañante.
—¿Sí, señora Parsons? —demandó.
—Sally, vaya al cuarto de los señores Larkin. El señor le entregará unas ropas. Usted las llevará luego a la habitación del lado sur, ¿entendido?
—Sí, señora —afirmó la doncella, volviendo a dirigir una mirada de reojo a Frank Mallory. Este notó que el tejido negro de brillo del uniforme, así como el almidonado delantal, contribuían a marcar nítidamente las formas juveniles de la muchacha. Unas formas duras y redondeadas en sus senos y nalgas. Evidentemente, por lo que hasta entonces había observado, todas las mujeres de aquella casa, incluida la doncella, tenían un denominador común: eran atractivas y llenas de encantos físicos. Un agradable hecho, sin duda alguna.
Y aún se reafirmó más en su criterio cuando, al llegar al corredor de la planta alta, se cruzó con otra pareja que salía de una de las estancias. El era moreno, joven y guapo, con aire de play-boy, tal vez latino. Ella, pelirroja, de verdes ojos claros y unas formas mareantes. Desde sus erguidos y poderosos senos, hasta sus largas piernas, cuyos muslos remataban en unas nalgas acentuadas y hermosas, era toda una hembra. Tal vez la más hermosa de todas cuantas había visto hasta entonces en la casa, con ser varias y muy llamativas todas.
La pareja quedóse un instante mirándole, con aire de duda y sorpresa. Siguieron adelante, sin que ella pudiese evitar que sus verdes pupilas siguieran con interés y admiración a la figura varonil y arrogante de Mallory.
—Este es un curioso lugar —comentó Mallory, irónico.
—¿En qué sentido? —se interesó ella.
—Usted debe entenderlo. ¿Es que no hay sitio para mujeres feas en este lugar?
—Oh, es eso —rió Stella Parsons—. Sí, tiene razón. Sybil tiene una rara habilidad para tener siempre en derredor gente atractiva en ambos sexos. Tal vez sea por un sentido estético. Por eso se ha apresurado a invitarle a permanecer esta noche en el Cayo. Usted es otro hermoso ejemplar, evidentemente.
—Vaya un halago... —resopló Mallory, riendo—. Gracias, señora Parsons. Sigue siendo demasiado amable conmigo.
_—No hable así. Se lo digo de verdad. Muy de verdad, señor Mallory. Y le aseguro que yo también teng0 gusto para saber apreciar el atractivo del otro sexo.
—Entonces, doblemente reconocido —rió Mallory—. ¿Es usted familia de

los señores Larkin?

—No, en absoluto. Sólo soy amiga de ellos. Su mejor amiga y colaboradora. Durante todo el año cuido de Su propiedad aquí.

—¿Sola? ¿Sin nadie más que la servidumbre?

—Exacto. Sola con Sally, la doncella, y Jason, el criado. Es un poco tedioso, pero me pagan bien y éste es un bello lugar, aunque algo solitario a veces.

—¿Nunca hubo un hombre en su vida? —se extrañó Mallory.

—Claro —suspiró ella, deteniéndose de repente—. Mi marido. Murió aquí, en este mismo Cayo. Desde entonces, vivo sola. Quiero decir, sin ningún hombre al lado.

Y ya hace dos años de ello... Bien, ésta es su habitación, señor Mallory. No tardarán en traerle las ropas del señor. Recuerde: a las ocho, abajo. Es la hora de la cena.

—No lo olvidaré —asintió él, abriendo la puerta, mientras ella se alejaba por el corredor.

* * *

Frank Mallory descendió al comedor convencido de que jamás había vestido mejor que ahora. El dueño de la casa era hombre elegante y de buen gusto. La chaqueta marrón, de botones dorados, el pantalón color avellana y los zapatos de ante color café, formaban, con la camisa crema y el pañuelo de dibujo en beige y marrón, anudado al cuello, un conjunto deportivo, correcto y alegre.

—Es usted un maniquí —le felicitó Sybil Larkin, al verle llegar—. Alan es un hombre elegante, pero usted no le va a la zaga.

—Y, además, tiene veinte años menos que yo —rió su marido, sin complejo alguno, alisándose su bien peinado cabello oscuro, salpicado por el plateado de las canas—. Que es importante, amigo Mallory. Muy importante, sobre todo para las damas.

—¿Puedo conocer al misterioso náufrago? —terció con voz aterciopelada Hazel Roberts, interviniendo en la charla.

—Por supuesto —rió Sybil—. Querida Hazel, este es Frank Mallory náufrago y detective privado.

—¡Detective privado! —Elogió la pelirroja de verdes pupilas—. ¡Qué fascinante!

—¿Lo ve? —Rió Sybil de buen humor, dirigiéndose a su nuevo invitado —. Ella es Hazel Roberts, una amiga mía y ex compañera de trabajo en el teatro, la televisión y el poco cine que llegamos a hacer. El..., él es Marko Rizzoli, su amigo más íntimo... También se está abriendo camino en el cine con bastante éxito.

—Comprendo. —Frank saludó a ambos—. Es un placer conocerles. Y no se sientan demasiado acomplejados por mi presencia. Un detective privado no

es lo que ustedes ven en la pantalla, ni mucho menos. Ya se lo contaré con más detalle.

—De todos modos, resulta usted una novedad encantadora, dentro de la monotonía de un habitual fin de semana —dijo Sybil, tomándole del brazo—. Créame, me temo que a pesar de su modestia y de su afán por presentarse ante todos nosotros como un hombre enteramente gris y vulgar, va a cosechar el mayor éxito de la noche y, de continuar aquí, de todo el fin de semana.

—Eso no será posible —sonrió Frank—. No voy a estar aquí todo ese tiempo.

—Oh, no, por supuesto —asintió rápidamente Alan Larkin—. Ya me ha hablado de eso Stella. Mañana, a primera hora, llamaré por radioteléfono a la costa de

Florida. En poco tiempo, tendremos aquí una embarcación a recogerle. Si no fuese así, yo mismo le llevaría basta Flamingo Bay o Cape Sable. De modo que no tiene nada que temer. Su aventura de este viernes sólo tendrá un precio: su embarcación.

—No fue demasiado, después de todo —rió Mallory—. Era barata. Demasiado, para fiar en ella. Salvé la vida, y pasaré este viernes en grata compañía y en un lugar idílico. Es más de lo que pude imaginar. Gracias a todos por cuanto me ofrecen.

—No se precipite en agradecemos todo esto —comentó Sybil, sarcástica —. No sabe lo que es convivir con nosotros toda una noche.

Hubo risas, acogiendo la broma de la anfitriona de arrogante y morena belleza, presidiendo ya la mesa, junto a su esposo. Los Feldon y Hazel Roberts, con su amigo Rizzoli, se situaron en sus respectivos lugares. Mallory observó que Stella Parsons, la pelirroja que acudiera a salvar su vida al mar, no figuraba entre los comensales, ni siquiera estaba presente en la reunión. Sally, la llamativa y pizpireta doncella, se encargaba de servir a los invitados.

—No veo a mi salvadora providencial... —comentó Frank, al sentarse.

—¿Stella? —Sybil sonrió, moviendo la cabeza—. Oh, no. Ella nunca gusta de esta clase de fiestas. Prefiere su soledad, y no queremos que esa intimidad suya sea alterada. Desde que murió su esposo en tan trágicas circunstancias, ella no es muy partidaria de festejos, y resulta comprensible.

—¿Trágicas circunstancias? —Se interesó Mallory—. No sabía eso...

—Bueno, aquí todos lo sabemos, aunque rara vez se hable de ello —terció Amy Feldon, abriendo mucho sus azules y grandes ojos.

—¿De veras? —El interés de Mallory parecía ir en aumento—. ¿Algún accidente?

—Sí, eso fue, con exactitud —cortó Sybil, con repentina sequedad—. Un accidente. Un desdichado accidente, que todos hemos intentado olvidar. Le agradecería, señor Mallory, que por esta noche no se hablara de ello. Tal vez nos aguaría un poco la fiesta.

Hubo un momento de raro, tenso silencio. Luego, Larry Feldon, el esposo de la rubia Amy, rió suavemente al añadir:

—Sí, creo que Sybil tiene razón. Son temas que vale más olvidar..., porque nada ni nadie puede devolver la vida a los muertos. ¿No cree lo mismo, señor Mallory?

—En efecto —asintió éste gravemente, clavando sus ojos agudos en el rostro moreno y atractivo del joven Feldon—. En efecto, creo que los muertos jamás pueden volver de donde están, por mucho que se hable de ellos...

Fue como si hubiera dicho algo inconveniente. Observó las miradas de todos resbalar de él hacia un punto determinado del largo y suntuoso comedor. Giró la cabeza.

Y entonces conoció a aquel hombre.

Al negro vestido de librea, que situaba, en silencio, unos candelabros dignos de un palacio, sobre los muebles del comedor, dando más luz a la escena.

El había fijado sus ojos en Larry Feldon cuando éste habló. Había algo extraño e inconcreto en esos ojos del hombre de color. Algo que inquietó a Mallory, y más tras observar la reacción de los demás comensales.

—Creo que será mejor hablar de otra cosa —intervino, voluble, Sybil—. Ése tenia de conversación, no es nada agradable ni divertido para una alegre reunión, de fin de semana.

Tras una indecisión, Amy Feldon hizo un gesto a su marido, que se apresuró a afirmar nerviosamente:

—Sí, será lo mejor. Disculpen.

Mallory observó, de soslayo, que el hombre de color recogía en silencio unos servicios y, sin expresión alguna en su oscuro rostro, se ausentaba del comedor. Hubo un momento de alivio en la tensión. El dueño de la casa comentó, irónico:

—Delante de Jason vale más no hablar de ciertas cosas.

—¿Por qué? —se interesó Mallory, curioso.

—Es un fiel servidor. Pero tiene extrañas ideas sobre ciertas cosas. Los muertos, por ejemplo. El sí cree que pueden volver a la vida y salir de sus tumbas.

—¿Vudú? —sugirió el detective.

—Eso es: vudú —asintió Sybil, con un suspiro—. No es que un sirviente tenga que ser absoluta y totalmente respetado en todo, pero no veo la necesidad de molestarle en sus creencias, si eso le causa dolor o disgusto.

—Sí, por supuesto —aceptó Frank, aunque se dijo que no era motivo por sí solo para provocar un incidente en una reunión como aquélla.

La cena prosiguió por otros cauces. Cuantas veces entró en el comedor Jason para servir los alimentos o las bebidas, no mostró el menor disgusto ni rencor hacia quienes hablaran así. En realidad, no demostró nada, porque nada revelaba su ascético rostro de talla africana en ébano, bajo el rizoso pelo oscuro. A pesar de que Mallory sabía lo difícil que era predecir la edad de un hombre de su raza, calculó que debía tener unos cuarenta años, poco más o menos. Parecía muy eficiente y, desde luego, sumamente silencioso.

Sally, en cambio, era todo lo contrario. Se movía en torno a la mesa con desenvoltura, y fueron varias las veces en que, por aparente casualidad. Mallory se encontró con los senos de la joven doncella junto a su rostro, rozándole descaradamente, o con la nalga de dura redondez frotándose junto a su brazo, al volverse y servir a su compañero de asiento.

En alguna de esas ocasiones, captó una mirada burlona en los ojos de la doncellita. Pero eso fue todo. Trató de fingir que no lo había advertido.

—Caballeros, señoras..., vamos a la otra sala a tomar el café —ofreció la anfitriona a los postres—. Luego, cada uno podrá hacer lo que guste. Aquí las noches son claras, cálidas y estrelladas. Se iluminan los jardines y las piscinas, así como los campos de juego, y cada uno es dueño de hacer lo que guste. También acostumbramos a hacer funcionar la música ambiental para que, quien lo desee, baile con una pareja. Digo todo esto en honor suyo, Mallory, porque los demás ya conocen las costumbres de la casa.

—Con excepción mía —advirtió Marko Rizzoli, sonriente.

—Muy cierto —Sybil contempló risueña al moreno latino que acompañaba a Hazel, y afirmó con la cabeza—. Había olvidado que la vez anterior Hazel estuvo sola. Lo lamento, señor Rizzoli. Vaya también por usted la aclaración.

—Es muy amable —sonrió deslumbradoramente el joven amigo de Hazel, clavando sus ojos en la dueña de la casa, que parpadeó, retirando con dificultad sus ojos del actor.

Se encaminaron M salón vecino. Era un amplio y encristalado recinto, tras cuyas grandes vidrieras, ahora con las cortinas corridas, era visible un panorama nocturno de ensueño.

Mallory admiró la iluminación, en suaves tonos azules y verdes, de jardines e instalaciones, en el exterior, los senderillos de grava, por entre setos, palmeras y césped cortado, con el fondo incomparable de las rocas de la costa, el mar y las estrellas sobre él, destellando en un ciclo azul, sin nubes. Evidentemente, la vida en Cayo Tortuga era como un paraíso en miniatura. El dinero podía hacer cosas así. No todo el mundo podía permitirse el lujo de comprar una isla en propiedad, por pequeña que fuese.

Sally y Jason sirvieron café y licores, a gusto de los comensales. La charla era animada, y la reunión de siete personas se había dividido en dos grupos. Mallory observó en una ocasión que Sybil y su amiga Amy Feldon hablaban entre sí en voz baja, riendo luego ambas, como si se hubieran contado un chisme gracioso o el chiste de moda. Pero Mallory, con intuición y percepción profesionales, estuvo seguro de que mientras hablaban, su expresión era seria y profundamente grave la sombra de preocupación en sus ojos.

«Allá ellos con sus cosas —se dijo, encogiéndose de hombros—. Yo soy aquí un simple extraño, un advenedizo, y no debo meterme en sus asuntos. Ellos pertenecen a otro mundo. Todos ellos..., excepto ese nombre, Marko Rizzoli, el amiguito de la pelirroja. Tiene aire de galán de poca monta. Y también de vividor. Creo que busca algo con la dueña de la casa...»

Otra vez se reprochó a sí mismo su injerencia en asuntos ajenos. Debía olvidarse allí de que él era un detective, para ser simplemente lo que era: un invitado forzoso de una familia rica y caprichosa.

De haber tenido oídos lo bastante agudos o de haber estado más cerca —aunque ellas ya procuraron que nadie estuviese en ese momento lo bastante próximo para escuchar una sola palabra de su diálogo—, hubiese podido oír estas inquietantes palabras en boca de ambas mujeres:

—¿Está todo preparado, Sybil? —fue la pregunta de Amy.

—Sí. Todo —respondió la dueña de la casa—. ¿Te sientes capaz de hacerlo?

—Por ese dinero, haría lo que fuese —aseguró fríamente la dulce rubia de limpios e ingenuos ojos azules—. Sí, me siento muy capaz. Le haré.

—Ten cuidado —avisó Sybil—. Alan es más fuerte de lo que crees.

—No habrá problemas. ¿Y tú...?

—De mí no te preocupes. Sé arreglármelas sola en cualquier circunstancia. Lo haré a la perfección. Pero recuerda: cuando mates a Alan, yo debo estar a la vista de todo el mundo.

—Claro. Y cuando tú te encargues de Larry..., yo estaré donde todos puedan verme, sin salir ni un instante. En eso se basa todo el éxito del plan. No fallará.

—No debe fallar. La doble coartada es perfecta. No lo estropeemos ninguna.

Luego, se miraron. Y rieron, fingiendo haberse contado algo divertido. Ninguna de ellas llegó a advertir que una sola persona, Frank Mallory, había advertido, a distancia, lo poco que encajaba su falsa risa con la gravedad de su breve diálogo en voz baja.

Después de todo, para las dos mujeres que habían planeado cometer el doble crimen invirtiendo los papeles para tener una mutua coartada cuando sus respectivos esposos muriesen violentamente, la presencia en la isla de aquel detective privado no era sino una ventaja más. Tendrían un testigo totalmente ajeno, que podría demostrar sin lugar a dudas que cada una de ellas no pudo matar a su esposo, porque el crimen ocurrió estando la esposa presente en otro lugar.

Ese era el diabólico y astuto plan de las dos amigas. Un plan que debía de cumplirse pronto. Muy pronto.

Exactamente, aquella misma noche.

CAPITULO III

—¿Aburrido?

Frank Mallory giró la cabeza. Miró a la persona que se aproximaba a él, con movimientos cadenciosos, que daban realce a su espléndida figura. Las lejanas estrellas daban un brillo cobre a sus rojos cabellos.

—No del todo —sonrió—. ¿Usted no participa en la fiesta, señora?

—No me gustan las fiestas —negó Stella Parsons, quien añadió luego, con un gesto amable—: Preferiría que me llamase simplemente Stella. Me hace sentir más joven.

—Es joven.

—No tanto como pueda creer —suspiró Stella—. Ya estoy a punto de rebasar los treinta.

—Increíble. Pero aun así, eso es juventud plena. Al menos, es lo que yo pienso. Claro que soy parte interesada en ello: tengo treinta y cuatro años.

Rieron ambos al comentario. Frank agitó su vaso de combinado.

—¿No toma nada? —indagó.

—A veces tomo algo, pero ahora no tengo gana. Simplemente, paseo, Mallory. ¿Le puedo llamar así?

—Claro. Y también Frank. Eso me hará sentirme un mozalbete —rió.

Pasearon juntos bajo el cielo estrellado. El rumor del oleaje suave, deslizándose suavemente por la arena, era el único sonido perceptible, junto con la suave música ambiental que difundían ocultos altavoces entre las zonas ajardinadas.

—Supongo que le habrán hablado de mi esposo —dijo Stella de repente.

—¿Su esposo? —Frank asintió—. Sí, algo me dijeron... Fue un accidente, ¿no?

—Un lamentable accidente, sí —afirmó ella—. Algo horrible.

—¿Reciente?

—No mucho. Hace ya tres años de ello. Desde entonces, prefiero la soledad.

—¿Por qué? En soledad se piensa más. Y es necesario vivir, Stella.

—Claro. Pero la gente viene aquí a divertirse. Yo no puedo hacerlo. Todas estas reuniones me recuerdan la noche en que murió Lewis..., pero dejemos eso, o terminaré entristeciéndole también a usted.

—Si le hace bien hablar de ello, le aseguro que no me entristecerá en absoluto —la alentó Frank.

—Pues verá... Creo que a veces necesito hablar con alguien de todo ello. Sybil es una gran chica, pero no escucha demasiado a los demás. Los otros vienen sólo a pasarlo bien, y no es cosa de amargarles la estancia aquí. En cuanto a mis habituales acompañantes en el Cayo... Sally sólo lleva aquí unos meses, y tiene el cerebro tan vacío como un coco. Y Jason...

—Sé lo que va a decirme. El considera a los muertos de modo diferente.

—Sí. Cree en zombies y cosas así. Si hubiera que hacerle caso, tendríamos que creer que los muertos salen de sus tumbas y andan por ahí tranquilamente. No me gusta oírle hablar de esas cosas, y el mejor modo de evitarlo es comentar con él simplemente los asuntos domésticos. Aparte de eso, es un buen hombre...

—¿Y cuando todos ellos se marchan del Cayo, sólo se quedan ustedes tres aquí?

Hubo una leve vacilación en Stella, como si fuese a decir algo diferente, pero al fin afirmó, moviendo la cabeza y respondiendo:

—Sí, sólo los tres...

Frank estuvo seguro de que no era eso lo que iba a decir. ¿Por qué dudaba? ¿Quién más había en la pequeña isla, si es que realmente lo había?

En ese momento, la conversación se truncó. Por el sendero aparecieron, riendo jovialmente, Sybil Larkin, Hazel Roberts y Larry Feldon. Al verles, Sybil agito un brazo, llamando a voces:

—¡Eh, a usted buscábamos, Mallory! Queremos hacer un juego muy divertido, y nos hace falta una persona que haga el papel de detective. Hemos pensado que nadie mejor que usted, si no le molesta participar...

—No, claro que no —suspiró Mallory—. Lo haré muy gustoso. Ya saben lo que le ocurre siempre al pianista invitado a cenar: que termina tocando el piano.

Todos se echaron a reír, aferrando a Frank entre las dos mujeres, para qué las siguiera.

—Lo haremos donde haya más luz —comentó Hazel, que dirigió una mirada intrigada hacia Stella Parsons—. ¿Usted no viene?

—Preferiría pasear —comentó secamente la pelirroja.

—Oh, no, no, Stella, te lo ruego —terció Sybil vivamente—. Tienes que venir. Será muy divertido. Hemos planeado una historia. La contaremos, pero uno de nosotros mentirá. Frank tiene que averiguarlo a base de hacer tres preguntas a cada uno, que sólo podrán responderse con un «sí» o un «no». Sin más detalles ni aclaraciones. ¿Cree que logrará resolver el problema, Mallory?

—No soy Sherlock Holmes ni Hércules Poirot, pero lo intentaré —rió Frank, de buen humor.

Stella, con expresión de contrariedad, se limitó a seguir al ruidoso grupo hasta la piscina bien iluminada. Sally deambulaba por las mesas junto al agua, depositando bebidas.

—Eh, ¿dónde se han metido tu mando y mi mujer —preguntó Larry Feldon, burlón.

—A Alan le vi subir a la planta alta —se encogió de hombros Sybil—. Quería enseñar no sé qué cosa a ese joven, a Marko...

—Oh, sí, creo que eran monedas antiguas —asintió Hazel, distraída—, A Marko le fascina la numismática.

—Son unos aburridos —protestó Larry—. Haremos el juego sin ellos. Pero

preferiría que estuviese Amy aquí. A mentir, no la gana nadie.

Todos rieron el comentario del joven Feldon hacia su rubia esposa ausente. La doncella intervino, respetuosa:

—Si se refiere a la señora Feldon, la he visto ir hacia la playa hace un rato. Quería ver las olas durante la noche, me dijo.

—Bueno, está bien —palmoteo Sybil—. A jugar. Otra vez intervendrá tu mujer en el juego, Larry.

Se situaron formando corro. Frank Mallory se puso frente a ellos, para iniciar la diversión. Sybil llevaba la voz cantante, y comenzó su relato. Mallory escuchó atento. Luego llegó el turno de preguntas.

Tras hacer solamente dos preguntas a cada uno, Frank señaló de pronto a Hazel y acusó:

—Señorita, la arresto en nombre de la ley. Usted es la culpable y ha mentido.

Explicó el porqué, y todos palmotearon ruidosamente.

—¡Bravo, bravo! —Aprobó Sybil Larkin, entusiasmada—. Frank Mallory es un gran detective. Le han sobrado tres preguntas para completar el cupo. Tendremos que planear algo mejor la próxima vez...

—Pero que intervengan los demás —sugirió Larry—. Será más complicado así.

—Seguro —asintió Sybil—. Voy a ir en busca de Alan y le pediré que...

En ese momento, un alarido y un estrépito violento llegaron del edificio. Todos se miraron, sobresaltados. Sybil, poniéndose en pie rápidamente, indagó:

—¿Qué ha sido eso?

—Fue..., fue en la casa, señora —musitó Sally, muy pálida—. Parecía la voz del señor...

—¡Alan! —Gritó Sybil—. ¡Alan! ¿Qué ocurre?

Se dirigió rápidamente hacia la vivienda. Todos la siguieron. Frank Mallory lo hizo con larga zancada, situándose al lado de la dama. Juntos, llegaron al edificio, avanzando con rapidez hacia el amplio salón de lectura, situado cerca del comedor, para dirigirse a la escalera central.

No hizo falta que lo hicieran. Se detuvieron todos en la biblioteca y sala de lectura, petrificados por el horror.

Allí estaba Alan Larkin, el dueño de la casa.

Una enorme vitrina, conteniendo objetos diversos, de procedencia africana, se había desplomado sobre él. Encima de esa vitrina, había estado antes una pesada figura de bronce, representando un guerrero negro.

La finura aparecía ahora sobre la cabeza bañada en sangre del dueño de la casa. Una tremenda herida, en su cráneo, mostraba la abertura entre los cabellos rojos de sangre. El rostro era una espantosa carátula de horror, vidriados los ojos y convulsa la boca. Las manos se crispaban en la alfombra rabiosamente, hincando en ella las uñas. Algo así como una expresión de infinito asombro asomaba a sus ojos desorbitados.

—Es horrible... —Mallory retuvo a Sybil, impidiendo que llegase hasta el cadáver—. No se acerquen. Yo examinare el cuerpo...

Se inclinó. Buscó alguna señal de vida. Nada. Ni aliento, ni pulso. En realidad, era simple rutina. Un hombre con aquel impacto en el cráneo tenía que estar forzosamente muerto.

—No se puede hacer nada —murmuró—. Sólo llamar a un médico para que certifique su defunción. Señora Larkin, por favor, no mire...

Ella lo intentaba, mientras Hazel y Larry Feldon trataban de impedirlo. En la puerta del vestíbulo asomó ahora Marko Rizzoli, sobrecogido, la mirada fija en el cadáver.

—¿Qué..., qué ha sucedido? —musitó—. ¡Dios mío...! ¡Larkin! No es posible...

—¿No estaba usted con él? —indagó Mallory, volviéndose a él.

—Lo estuve hasta hace cosa de un par de minutos. Yo fui al lavabo, y él dijo que iba a enseñarme más monedas halladas en unas ruinas africanas, y que pueden remontarse a varios siglos de antigüedad...

—Ahí están —señaló Mallory las monedas de bronce que aparecían dispersas sobre el cadáver—. Pero ahora no puede verlas ni tocarlas. El médico y el juez resolverán sobre esto. Mientras, sería conveniente cerrar la biblioteca y que nadie entrase aquí...

—Alan... ¡Alan querido...! —Sollozaba Sybil, fingiendo un inmenso dolor —. Oh, Alan, mi vida, ¿cómo pudo suceder eso?

—Al intentar abrirlo, el armario se le vino encima —señaló Frank—. De eso no parece haber dudas. Yo creo que...

—¡Ciclos! ¿Qué es lo que ocurre?

Giraron todos la cabeza. En la puerta por la que todos llegaran a la sala, aparecía ahora Amy Feldon, con cabellos despeinados y húmedos, salpicado el vestido de finas gotas de agua. Demudada, descubrió el cadáver y lanzó un grito de horror.

—¡Alan! —chilló—. ¡Oh, no! ¡No es posible...!

Y se precipitó sobre Sybil, abrazándose a ella y estallando en llanto.

Nadie, al verlas en ese momento, hubiera podido imaginar que las dos se felicitaban mutuamente por el éxito de su plan. Y que la presión afectuosa de las manos de la rubia Amy en la espalda de su amiga era como un aviso:

—Yo hice mi parte. Ahora... te toca a ti.

* * *

Las personas reunidas en torno a la piscina ya no reían ni hacían juegos. Un silencio sepulcral reinaba en la mansión alegre de los Larkin. Hasta la música había cesado en los altavoces.

Frank Mallory tenía la mirada fija en el agua de la piscina, azul y luminosa. Sally, como una sonámbula, servía brandy o café a los reunidos. Fue el detective privado quien rompió bruscamente el silencio;

—Dejen de darle vueltas al asunto, por favor —dijo—. Los hechos son ya incontrovertibles. Alan Larkin ha muerto en un desgraciado accidente, y sólo nos queda esperar a que lleguen un médico, un juez y, posiblemente, la policía.

—¿La policía? —$e sobresaltó Hazel—. ¿Por qué ellos?

—Porque hay un hombre muerto, señorita —explicó Frank—. Y son ellos los que deben dictaminar si ha sido un accidente o no.

—¿Qué otra cosa podría ser, si no? —protestó Larry Feldon.

—Eso nunca se sabe —Mallory se encogió de hombros—. Yo no soy de la policía ni he tenido nunca nada que ver con un cadáver, pese a mi oficio.

—Para usted, lo apasionante sería que hubiese habido un..., un asesinato, ¿no? —apuntó inoportunamente Marko Rizzoli.

Frank buscó los oscuros ojos del joven latino. Sacudió la cabeza.

—Ya le dije que no es mi especialidad. Seguiría siendo asunto de la policía, no mío.

—¿Por qué tienes el mal gusto de nombrar esa palabra aquí? —Se irritó Hazel, mirando a su compañero—. No tiene ninguna gracia.

—¿Qué? ¿El asesinato? —Rizzoli hizo un gesto ambiguo—. Era sólo un comentario, Hazel. Todos sabemos que ha sido un accidente.

—¿Quién va a llamar a tierra firme, en demanda de ayuda? —Preguntó Mallory—. No ganamos nada haciendo deducciones ni comentarios. Esto debe comunicarse.

—Sí, claro —asintió Amy Feldon—. El teléfono de esta casa es radioteléfono. Sólo así se comunica con Florida. Casi nunca se utiliza, que yo sepa. Sybil sabrá dónde está...

—Sybil no está ahora para nada —protestó Hazel—. Stella la ha subido a su habitación y le ha dado un calmante. Preguntadle a Stella. Larry, ¿por qué no vas tú a averiguarlo?

—Sí, será lo mejor —suspiró el marido de Amy, incorporándose—. He visto pasar a Stella por la sala de las vidrieras. Volveré en seguida.

Larry Feldon se alejó. Se quedaron todos los demás en torno a la piscina, sumidos nuevamente en el silencio. Frank Mallory paseaba, con gesto pensativo. Aceptó un café de manos de Sally.

Momentos más tarde, aparecía Stella ante ellos. Frank se volvió hacia ella.

—¿Ha visto a Feldon? —preguntó.

—No —negó ella—. Vengo de la cocina. Jason está con sus invocaciones, para que el espíritu del señor Larkin repose en paz. Traté ele hacerle callar, en vano. ¿Ocurre algo?

—Fue a preguntarle por el radioteléfono —señaló Mallory—. Tenemos que llamar a tierra firme e informar de lo sucedido.

—Muy cierto —suspiró Stella—. Con el revuelo y el estado de la señora, lo había olvidado totalmente. Al tener que dar rodeos para no cruzar la biblioteca, nos habremos cruzado por diferente sitio. Ya iré yo a telefonear, no se preocupen...

—¿Cómo está Sybil? —se interesó Amy.

—Descansa. Le di un nuevo sedante que le recetaron la semana pasada. Creo que es muy eficaz, porque en seguida concilió un profundo sueño. Pobre señora Larkin, qué tragedia más inesperada...

Se dispuso a ir hacia la casa, cuando nuevamente se vio conmovida la noche por un largo, profundo alarido de terror.

Luego, ante o! sobrecogido silencio de todos los presentes, se escuchó un estruendo de vidrios rotos y el sordo impacto de algo sobre un punto sólido. Después, también el silencio se enseñoreó de la casa.

—Y ahora, ¿qué ha sucedido? —sonó la voz trémula de Amy Feldon.

—No lo sé..., pero no puede ser nada bueno —dijo Frank Mallory, reaccionando. Y echó a correr hacia la casa, llevando tras de sí a todos los demás. Amy había empezado a gritar histéricamente, y Hazel la abofeteó para que reaccionase. De todos modos, corría lanzando sollozos nerviosos.

Ciertamente, sabiendo como sabía lo que iba a encontrarse en la casa, no podía caber la menor duda de que Amy Feldon, pese a no ser una profesional como Hazel Roberts, era una gran actriz.

Frank Mallory se detuvo en el vestíbulo de la casa. Contempló, atónito, el cuerpo caído justamente en medio del pavimento embaldosado, al pie de la baranda de la alta escalera. Una vidriera lateral, en el piso alto, cubriendo parte de esa baranda, se había venido abajo, junto con el caído, haciéndose añicos en torno a él.

Era Larry Feldon, el esposo de Amy. No había encontrado a Stella cuando entró en la casa. Y sí, en cambio, a la Muerte,

Porque el joven atlético, de tez bronceada por el sol de Florida, se había matado al caer de cabeza sobre las baldosas, desde aquella altura. No tenía heridas visibles ni sangre. Sin embargo, la cabeza ladeada, la torcedura ostensible del cuello, eran reveladoras.

Se había roto la nuca al caer.

CAPITULO IV

—Es demasiada fatalidad...

—Sí, demasiada —asintió Frank, respondiendo al comentario de Marko Rizzoli—. No logro entenderlo. A uno le cae una vitrina pesada encima, con estatuas de bronce capaces de aplastar a un caballo..., y otro se cae de arriba de la escalera, rompiéndose el cuello. No tiene sentido.

—Es una caída muy peligrosa, Mallory. Si uno cae de cabeza...

—Oh, claro. Lo sé, lo sé, Rizzoli. Y si uno se cae simplemente desde la acera y se golpea mal, también puede morir. Lo raro no es eso. Es que ambos accidentes hayan ocurrido en una misma noche, con un intervalo de cuarenta minutos escasos... y a menos de treinta yardas de distancia uno de otro.

—Pero lo cierto es que ha ocurrido, ¿no?

—Sí, por supuesto. Ha ocurrido... —y Mallory paseó, con las manos en los bolsillos, revelando en su rostro una expresión de enorme aturdimiento.

Nadie interrumpió sus reflexiones. Todo el mundo estaba demasiado impresionado para hacer otra cosa que pensar en las dos trágicas muertes. Ahora, Amy Feldon era quien sufría los efectos de un sedante, tendida en un sofá. No había querido ir a su habitación. A su lado, Hazel cuidaba de ella. Stella subía de vez en cuando a ver a su señora. Una amplia manta cubría ahora el espectáculo poco agradable del cuerpo de Larry Feldon, desnucado en el vestíbulo.

De pronto, Mallory se golpeó en la frente, logrando sobresaltar a todos los presentes.

—Qué cabeza la mía —murmuró—. Ya lo había olvidado.

—¿Qué? —indagó Hazel, volviéndose hacia él.

—La llamada. Ahora, con más motivo. Hay que comunicar con tierra firme. Es imprescindible que vengan cuanto antes. Esto no me gusta.

—¿Qué quiere decir? —quiso aclarar Marko Rizzoli.

—No, nada. En cuanto baje Stella, le pediré comunicar yo mismo con tierra firme. Naturalmente, supongo que quien quiera podrá subir a descansar. Yo me quedaré en pie, esperando a la policía y al médico.

—Yo, malditas las ganas que tengo de acostarme —refunfuñó Marko.

—Yo tampoco —corroboró Hazel.

—Yo, mientras me necesiten... —suspiró Sally, la doncella.

Frank les miró a todos en silencio. Sin comentar nada, siguió paseando. Cuando reapareció Stella, se volvió hacia ella.

—Por favor, lléveme a ese radioteléfono —pidió—. Yo me ocuparé de avisar a las autoridades.

—Sí, claro —afirmó ella—. Había olvidado por completo...

—Es natural. Todos lo olvidamos —la calmó Frank.

Se dispusieron a salir, cuando una lejana letanía llegó a sus oídos.

Una voz gutural canturreaba plañideramente, acompañándose del batir

rítmico de un objeto de percusión, muy parecido a un bongo o a un simple tam-tam selvático.

La cantinela resultaba escalofriante y extraña. Hazel palideció. Amy se agitó en el sofá. Rizzoli soltó una imprecación.

—¿Qué es eso? —gruñó.

—Jason, el criado negro —suspiró Stella, apretando los labios—. No hay quien le disuada ahora. Dice que los malos espíritus están en la casa, y que si no son ahuyentados, los dos que han muerto saldrán de sus tumbas y vagarán sin descanso por el Cayo...

—Sólo son supersticiones. Pero no me gusta cómo canta ese negro —se quejó Marko.

—A mí tampoco —convino Mallory—. Parece de mal augurio... Vamos a telefonear, por favor.

—Sí, Frank. Venga conmigo —invitó Stella, con un suspiro.

Se detuvieron en la puerta, cuando la letanía se interrumpió, y la voz del negro se hizo aguda, emitiendo grifos inarticulados que rezumaban terror. Todos se miraron, nuevamente sobresaltados.

—¿Y ahora qué mil diablos ocurre? —se lamentó Mallory, contrariado.

—¿No le entienda? —susurró Stella, levemente pálida—. Habla en su lengua nativa. He aprendido a entenderle... Dice que ha visto a un espíritu. Que uno de los difuntos vaga ya por la casa y acaba de presentarse a él... Parece muy asustado...

No sólo lo parecía. Lo estaba. Los gritos del negro Jason sonaron cada vez más cerca. Le vieron aparecer, con el cabello erizado, los ojos desorbitados, y la expresión alucinada. Mallory le contempló con desasosiego.

Seguía gritando en su lengua cosas ininteligibles, y Stella le escuchaba, con gesto de enorme perplejidad.

—Ya basta, Jason —la oyó decir, enérgica—. ¡He dicho que basta!

—¿Qué es lo que ocurre, Jason? —Quiso saber Frank, sujetando al negro con suavidad—. ¿Quiere contármelo de modo que yo pueda entenderle?

—Señor, allí..., allí... —trató de hablar el negro de forma inteligible, mientras señalaba a su espalda—. Estaba yo en ~la cocina cuando él pasó... El..., él cruzó ante la ventana... Iba lleno de sangre, con los ojos vidriosos... Me miró... y me sonrió extrañamente... Era él, señor... ¡Era él!

—¿Quién, Jason? ¿Quién era ese hombre?

—El señor... El señor Larkin, naturalmente... —musitó el negro, persignándose.

Mallory no pudo evitar un escalofrío, pese a lo absurdo de aquel relato. Cuando menos, el terror del negro era cierto. Tal vez en su obsesión había creído ver lo que no existía.

Pero Mallory tuvo una repentina idea sobrecogedora. Miró a Stella y comentó:

—¿Quién le ha referido a Jason cómo murió su amo?

—Que yo sepa, nadie. Sólo le dije que había muerto de accidente... ¿Por

qué lo pregunta?

—Esa descripción... se ajusta exactamente a la del cadáver de Alan Larkin...

—Tal vez sea vidente Jason —musitó ella, impresionada a su pesar.

—Tal vez. Espere un momento.

Frank Mallory dio media vuelta brusca. Cruzó a largas zancadas la sala, ante la mirada de asombro de todos, y abrió la puerta de la biblioteca, entrando en ella.

—Eh, ¿no dijo que no debíamos ninguno entrar ahí? —le llamo Rizzoli.

Frank no le hizo el menor caso. Estaba plantado en medio de la sala, contemplando el pesado mueble caldo, las estatuillas, las monedas de bronce, los vidrios de las vitrinas rotos...

No había nada más.

Del cadáver de Alan Larkin... ni el menor rastro.

* * *

Salió, cerrando tras de sí, todavía trémulo, sin creer lo que veía. Todos le miraron con gesto de extrañeza.

—¿Y bien? —Murmuró Hazel—. ¿Qué ocurre?

—No lo entiendo —silabeó Mallory—. Es lo más absurdo e incongruente..., pero Jason parece tener razón.

—¿Qué quiere decir? —susurró Rizzoli, con gesto de horror.

—Alan Larkin... Su cadáver... ha desaparecido.

En el sofá, Amy Feldon lanzó un largo, desgarrador grito de pánico, y se desplomó en brazos de Hazel. Se había desvanecido.

—No..., no es posible... —musitó Stella, muy pálida.

—Entren y lo comprobarán. No está ahí. No entiendo nada...

Jason se alejaba ya, entonando de nuevo su letanía. Mallory, presa de un raro presentimiento, pasó junto a Stella y se precipitó al vestíbulo.

Lanzó una sorda imprecación.

—Mis sospechas eran ciertas —jadeó, volviéndose a Stella—. También..., también ha desaparecido el cuerpo de Larry Feldon...

Y era verdad.

Todos pudieron ver ahora las baldosas del vestíbulo, limpias de todo cadáver, pero con la manta allí, arrugada a un lado. Como si el muerto se hubiera levantado de su sitio para deambular por el Cayo, como presagiaba el negro Jason...

CAPITULO V

Sybil se levantó del lecho.

Previamente, miró en torno. Luego fue a la puerta. Estaba solamente cerrada de golpe, sin asegurar. Corrió el pestillo. Era una precaución necesaria.

Luego, se aproximó al otro lecho gemelo. Era el dormitorio de Alan y ella. Ahora, la cama de su marido la ocupaba Amy Feldon. Acababan de darle un sedante, y reposaba algo agitadamente, tras la crisis nerviosa sufrida una hora antes.

Ella, mientras fingía dormir, había permanecido alerta, pendiente de todo. Escuchando todo. Ahora, cuando sabia que todos estaban abajo, era el momento de incorporarse. De intentar hablar con Amy.

—Amy... —susurró entre dientes—, Amy, ¿me escuchas?

Ella seguía en su sopor, agitada por espasmos frecuentes. Sybil la zarandeó.

—Amy... —insistió roncamente—. Amy, por favor... ¿Estás durmiendo o puedes escucharme, maldita sea?

El mismo resultado negativo de antes. Igual silencio, roto sólo por gruñidos entrecortados y quejas entre dientes. El sudor humedecía fríamente el rostro y el cuerpo de la joven rubia.

Sybil, amorosamente, como podría hacerlo un hombre con su amante, le enjugó ese sudor sobre el rostro. Luego, sobre los senos, desnudos bajo la prenda de noche. La acarició suavemente, casi con deleite. O quizá con él.

—Amy, querida... —insistió, tensa su voz—. ¿Es que no me puedes escuchar? Ese sedante que te han dado, el mismo que a mí..., es suave. No puede hacerte mucho efecto. Lo encargué yo misma para esta ocasión. ¡Amy, escúchame!

Y su zarandeo se hizo más brusco. Incluso le pellizcó los senos en su rosado botón, para provocarle el dolor suficiente. Ella exhaló un gritito y despertó, con ojos turbios, enrojecidos. Le temblaron los labios. Miró a su amiga.

—Oh, Sybil, Sybil... —sollozó.

Se abrazó a ella desesperadamente, como un niño a su madre. Sybil, amorosa, la acogió, la besó tierna y dulcemente, la acarició, tratando de calmarla.

—Vamos, vamos... Serénate, querida. Y cuéntame. Dime todo... ¿Qué ha ocurrido en realidad?

—Sybil, fue..., fue primero tu marido, Alan... Luego..., fue él..., mi marido, Larry...

—Sigue. ¿Qué les pasó? —apremió Sybil, tensa.

—Algo espantoso. Desaparecieron. ¡Sus cadáveres desaparecieron sin dejar rastro!

—¿Y no ha sido cosa tuya? —La miró Sybil con gesto de recelo—. Supuse que habías hecho una jugarreta para asustar a esa gente y desconcertarla... Una especie de juego para burlarte de eso detective, Mallory...

—¿Yo? —Se agitó Amy Feldon—. ¡Dios me libre, Sybil! Hice..., hice lo que tenía que hacer, tras verme todos ir hacia la playa, rodeando luego la casa y golpeando a tu marido, sobre el que luego dejé caer el armario, tal como me dijiste... Me fui... Después, tú hiciste... lo de Larry...

—Claro. No fue difícil. Me creía dormida. Le llamé. Quise mostrarle algo por la barandilla. Se asomó... y le empujé. Se fue abajo de golpe. Ya había previsto su forma de caer. Se partió la nuca. De verle con vida, hubiese bajado a rematarle con otro golpe en el cráneo.

Pero no hizo falta. Estaba muerto y bien muerto. ¿Qué fantasía es esa de las desapariciones?

—No es ninguna fantasía, Sybil. No sé cómo haya podido ocurrir..., pero ha ocurrido. ¡Ninguno de los dos cadáveres esta donde estaba! Y, lo que es peor, ese maldito negro, Jason..., ¡jura que ha visto a Alan mirándole con el rostro ensangrentado, a través de la ventana de la cocina!

—Eso es un disparate. Jason es un fanático.

—Pero es que luego... el cuerpo ya no estaba allí. Y eso no podía saberlo Jason. Tampoco había llegado a ver el cadáver. Mallory lo dijo. Y, sin embargo, describió su aspecto tal..., tal como lo dejé yo en la biblioteca... ¡Es horrible, Sybil!

—Claro que es horrible. ¿Qué esperabas? Cuando planeamos esto, no íbamos a hacer una partida de bridge.

—No me refiero a..., a la muerte de tu marido o la del mío... —sollozó Amy—. Es eso otro..., la desaparición...

—Ha de tener una explicación racional. Los muertos no andan solos.

—Jason... dice que sí.

—¡Jason! —Había sarcasmo en la voz despectiva de Sybil Larkin—. Por favor, Amy. Es un viejo chiflado. Tal vez él mismo robó los cuerpos para hacer alguno de sus exorcismos, un rito vudú prohibido, o algo así.

—¿Y si realmente... hubieran vuelto a la vida?

—¿Alan y Larry? —Sybil soltó una cínica carcajada. Meneó negativamente la cabeza—. No lo creo. Están muertos y' bien muertos. Vi los cuerpos. No tengo duda alguna.

—Pero..., pero entonces... ¿dónde están ahora?

—No lo sé, querida. Ni me importa —se encogió de hombros Sybil—. Lo que me preocupa es saber quién manipuló esos cadáveres.

—A mí también...

—Yo hablo por diferentes motivos. No siento miedo alguno. No estoy aterrada, como tú. Simplemente, pienso. Y calculo. Algo en todo esto no me gusta —paseó por el dormitorio, pensativa—. Si alguien pretende asustamos con ese macabro juego..., es porque ese alguien sospecha nuestro plan. No hay duda alguna sobre eso.

—¿Quién podría sospechar de entre ellos? —se alarmó Amy, muy pálida.

—No lo sé —Sybil Larkin se frotó la barbilla, pensativa—. Hazel parece una muchacha superficial y frívola. Su amiguito Marko, también. Stella..., es diferente.

—¿Stella? ¿Tu administradora?

—La administradora de Alan —rectificó fríamente Sybil—. Es distinto, querida. Esa mujer es astuta, inteligente y fría como pocas. Tal vez sospeche y haga un juego raro para desconcertamos y amedrentamos. Luego está Jason, con sus locuras religiosas y rituales... Y Sally. Naturalmente, Sally está descartada. Es la perfecta muchacha tonta, la doncella vacía y servicial, a quien sólo los pantalones de un macho pueden alterar el pulso y volverla loca.

—Entonces... sospechas de Stella.

—Es una simple suposición. También nos queda alguien más.

—¿Quién?

—Nuestro invitado imprevisible. Ese hombre que surgió del mar, de un raro naufragio...

—¿Mallory?

—Eso es: Frank Mallory Reconoce que es detective privado. ¿Qué hacía un detective privado merodeando con una canoa demasiado frágil en Cayo Tortuga? ¿Simple accidente, o un plan bien preparado para mezclarse con nosotros?

—¿Con qué motivo?

—Puede haber muchos. Tal vez Alan sospechó. Siempre fue un hombre muy astuto. Contrató a ese Mallory, y éste, al recelar algo, quiere que nos delatemos a nosotras mismas, presentándonos una truculenta desaparición de cadáveres. Sí, la cosa ha de estar entre Stella Parsons... o el detective Mallory. Podría jurarlo.

—Si fuese así..., cuando menos habría una causa lógica, tangible. Pero imaginarse otra posibilidad... resulta espantoso.

—No digas tonterías, querida —le dio un suave cachete afectuoso y sonrió —. Los muertos, diga lo que diga Jason, no vuelven a esta vida. Se quedan donde están, y para siempre. Ni Alan ni Larry van a molestarnos más con su presencia, eso seguro. De ellos, no tienes nada que temer. De quien hiciera desaparecer sus cuerpos, sí. Sea quien fuere..., guárdate de él.

—¿Cómo, si ni siquiera sabemos quién es? —se lamentó Amy.

—No seas ingenua. Con la fórmula más sencilla: averiguando quién fue.

—¿Crees que podremos?

—Estoy segura..., siempre que seamos más listas que él... o ella —la tomó en sus brazos, la besó en la mejilla, y luego en tas labios. La apretó con ardor contra sí—. Hazme caso, Amy. Si conservamos la serenidad, si fingimos que sólo nos preocupa su desaparición, pero sin asustamos..., todo irá bien. Ten calma. Y no desfallezcas. Siempre estaré a tu lado en todo. Recuerda que nuestro plan ha de seguirse hasta el fin. Ahora somos libres. Y en breve plazo tendremos una respetable fortuna. El dinero de Alan será suficiente para

ambas. Más aún: te garantizo que tenía tanto que nos hará ricas a las dos...

Y rió cínicamente entre dientes, descorriendo el pestillo, y volviendo luego a su lecho, donde se tendió, j para fingir los efectos del sedante.

—¿Descanso yo también? —musitó Amy, vacilante.

—Claro, querida. Descansa —sonrió ella—. Recuerda: somos dos mujeres desconsoladas. Y ahora, asustadas por algo que no entendemos. Sólo eso...

—Si, Sybil —asintió Amy, desperezando su cuerpo, relajando sus nervios Crispados, y entornando los párpados—. Así lo haré...

CAPITULO VI

—¿Cómo es posible que haya ocurrido esto, Stella?

—Sé tanto como usted —la administradora de la propiedad de los Larkin clavaba sus ojos, con expresión atónita, en los hilos arrancados de cuajo, las antenas destrozadas, los controles maltrechos, y todo cuanto quedaba de la que había sido una excelente estación de radioteléfono en Cayo Tortuga—. Esta mañana, el señor Larkin llamó a Miami, y funcionaba perfectamente. Además, sólo existen dos juegos de llaves para entrar en esta cámara: las de los señores Larkin... y las mías. El resto del personal no estaba autorizado a utilizar el radioteléfono.

—Pues entonces, si no han sido ni el señor ni la señora Larkin..., ha tenido que ser usted. La puerta no muestra señales de violencia —señaló Mallory, tajante.

—Una deducción lógica, pero equivocada —replicó ella con igual frialdad —. Yo no tenía el menor motivo para tocar esto. Ni he venido por aquí en todo el día.

—La señora Larkin está bajo los efectos de un sedante. Y el señor Larkin está muerto —Frank meneó la cabeza—. Claro que hay juegos de ganzúas muy sutiles, capaces de abrir sin dejar huella alguna de violencia... ¿Cree que puede haber alguien en esta isla que use tal clase de objetos?

—En buena lógica..., usted —sonrió Stella con cierta dureza—. ¿No lo usan los detectives privados a veces?

—Tocado —rió Frank, mirándola divertido—. Bien, Stella. No la molestaré más. Gracias por todo. Evidentemente, no se puede comunicar lo sucedido a Miami. Por tanto, será preciso que alguien vaya allá. Hace falta aquí con urgencia un médico forense, un policía y una autoridad judicial.

—Sobre todo, la policía. Lo digo, a la vista de la desaparición de los dos cadáveres...

—Sí. Eso... o un espiritista —comentó Frank con cierto sarcasmo—. Depende de la versión que uno quiera darle a tan extraño asunto... Bien, Stella. ¿Qué le parece si uno de nosotros va a tierra e informa directamente a la policía costera de lo que sucede? Bastaría con aproximarse a cualquier otro Cayo... o a Cape Sable, como máximo. En dos horas puede uno estar allí con una motora.

—Creo que es lo más sensato, sí.

—¿Cuántas embarcaciones hay habitualmente en esta isla?

—Dos. Una canoa a motor que utilizo yo, o bien Sally o Jason, si van a tierra por alguna causa. Y otra, la de los señores Larkin. Su yate está fondeado en Miami. Aquí se acercan siempre en su motora.

—¿Ocurre así actualmente?

—Sí, así es. ¿Qué canoa quiere utilizar?

—La más rápida. Iré yo mismo.

—Entonces, tome la de los señores Larkin. Venga, le guiaré hasta ella. ¿Piensa regresar con la policía?

—Por supuesto. No creo que, a la vista de mi informe, ellos se demoren en venir.

Sin añadir nada más, Stella Parsons abrió la marcha, dirigiéndose a la costa, seguida por Frank Mallory. Este observó que los demás miembros del grupo, cada vez más reducido, charlaban ante sendas tazas de café en la sala encristalada. Nadie quería irse a dormir, por lo visto. Vio a Sally, siempre servicial, a Hazel y Marko. Arriba, estaban las dos mujeres, Sybil y Amy, las viudas. Allí, Stella y él. Eran todos los habitantes vivos del Cayo, junto con el negro Jason.

¿0 no?

Recordó que Stella había vacilado una vez, cuando él preguntó si ellos eran la totalidad de los residentes en la isla. ¿Por qué vaciló ella entonces? ¿Tenía eso algún sentido?

Más adelante se lo preguntaría. Ahora urgía ir a tierra firme, pedir a las autoridades de Florida que se aproximasen a Cayo Tortuca a poner las cosas en claro o, cuando menos, a investigar tan extraños sucesos.

—Aquél es el embarcadero privado de los señores —dijo Stella, señalando hacia un punto del reducido litoral de la pequeña isla—, Y ésa es la canoa...

Era un diminuto embarcadero, entre dos promontorios salientes hacia el mar, pero todo muy pulcro y bien cuidado. En la noche, era visible una sombra blanca, meciéndose junto a las tablas.

Cuando estuvieron más cerca, Frank Mallory soltó una imprecación.

—¡Mire eso! —Llamó la atención de Stella, señalando a la canoa motora —. ¿Qué sucede ahora?

—Cielos, no... ¿Otra cosa más? —se lamentó ella, apresurando el paso.

Sí. Otra cosa más.

Desolados, contemplaron lo que les esperaba en el embarcadero. La mancha blanca, ciertamente, correspondía a la motora, pero eso era todo. Porque el fondo de la canoa aparecía anegado de agua, y sólo se sostenía flotando porque estaba atada al embarcadero. Alguien había destrozado el fondo de la misma, y en cuanto se intentase salir de allí, se hundiría sin remedio.

Pero eso no era todo. Agachado en las tablas del embarcadero, Frank examinó el motor fuera borda. Estaba roto, triturado a golpes. No funcionaba en absoluto.

—Si no disponemos de la otra canoa, estamos perdidos —señaló Frank, empezando ya a preocuparse.

—Vamos, pronto —invitó ella—. Es en el otro embarcadero. Hay que rodear ese promontorio...

Su marcha ahora fue una carrera. Stella era ágil, rápida y no se cansaba fácilmente. Frank fue tras ella, por un angosto sendero que bordeaba los accidentes de la reducida costa. El Cayo se erguía en la noche, solo y distante

de los demás, en la larga hilera que parte de la punta sur de. Florida, hacia el golfo de México.

No tardaron en arribar, jadeantes, a otro embarcadero que ya conocía Frank, aquel donde fuera conducido por Stella cuando le recogió de las aguas donde se hundiera su canoa.

Esta vez, el espectáculo era más claro. Y visible a distancia.

De la canoa de Stella, no quedaba emergiendo más que la quilla. La habían hundido igualmente. El motor fuera borda, arrancado violentamente del casco, daba la impresión de yacer en el fondo de las aguas, porque sólo se veía la copa destrozada, y ni rastro del motor.

La segunda y última posibilidad de comunicar con tierra firme se había esfumado en ese mismo instante. Ya no podían ir a buscar ayuda, a solicitar la intervención de la policía, la llegada de un médico forense. No podían hacer absolutamente nada.

En Cayo Tortuga no sólo no había cadáveres, sino que tampoco quedaba un radioteléfono para comunicar, ni una sola canoa para dirigirse a la costa de Florida.

Estaban aislados. Bloqueados en el Cayo. Sin medios de ir a tierra firme. Tal vez el domingo o el lunes pasarían embarcaciones por allí, más previsiblemente tras el week-end.

Pero entonces podía ser demasiado tarde. De repente, una clara atmósfera de horror se condensaba sobre la idílica islita en aquel paraje cálido y hermoso. Un horror que casi empezaba a ser tangible. Algo que no era fácil de entender y que, por un momento, provocó un escalofrío en Frank Mallory.

Por vez primera en su vida profesional, se hallaba realmente ante un caso criminal por excelencia. Pero tenía que ser precisamente aquél. Un caso delirante, enloquecedor. Donde nada tenía sentido, o no parecía tenerlo.

Donde la Muerte era, quizá, otro huésped fantástico de la isla del placer y la diversión.

Un huésped inesperado, siniestro e imprevisible, pero que estaba allí. Allí mismo, cerca de ellos.

Frank Mallory empezaba a sentir su presencia como algo físico.

* * *

—¿Y qué vamos a hacer ahora?

La pregunta la formulaba Hazel Roberts. Una Hazel ligeramente demudada pero sorprendentemente serena. Sus fascinantes ojos verdes se clavaban en Mallory, como si éste fuese la tabla de salvación para todos.

El joven detective encogió de hombros. No parecía tener madera de héroe cinematográfico en aquellas difíciles circunstancias.

—No lo sé —confesó abiertamente—. Este asunto sobrepasa mis facultades. Ya les dije que no soy uno de esos detectives de película. Estoy tan desconcertado como ustedes.

—Yo no es desconcierto lo que siento —suspiró Marko Rizzoli, que había perdido gran parte de su arrogancia habitual de perfecto latin lover—. Es miedo.

—Bueno, no hay por qué avergonzarse de eso —sonrió Mallory—. Todo ser humano puede sentir miedo. Eso no le hace a uno más valiente o más cobarde, Rizzoli.

—Gracias. Es usted muy amable. Pero no me convence. Me siento acobardado. Daria años de mi vida por salir de aquí.

—Esta situación me recuerda una novela de Agatha Christie —comentó con cierta inoportunidad Stella Parsons—. ¿La ha leído alguno de ustedes?

—Sí —asintió Mallory, ceñudo—, Diez negritos. ¿Cree que eso tiene gracia?

—Perdone —se disculpó ella—. No quise referirme exactamente a lo que allí sucede (*Diez negritos, como quizá sepa el lector, es una novela de Agatha Christie, llevada con mediocre éxito al cine y con uno muy notable y espectacular al teatro, donde se narran las peripecias de diez personas encerradas en una isla. En ese relato, las diez personas mueren irremisiblemente, aunque una de ellas es el culpable. De ahí el comentario del personaje*). Pero las circunstancias son bastante similares ahora, ¿no cree?

—En cierto modo —admitió el detective—. Sólo que aquí éramos nueve al empezar el week-end. ¿O existe en realidad una décima persona, Stella?

De nuevo aquella rara agitación en la administradora de la propiedad. Su negativa fue demasiado rápida y forzada:

—No, no. ¿Por qué había de existir, Frank? Usted ya ha visto a todos los que aquí estábamos...

—Creo que no.

—¿Qué..., qué quiere decir con eso? —se alarmó ella.

—Tengo la idea de que me oculta algo desde un principio.

—¿Yo? Eso no tiene sentido...

—Stella, usted ha vacilado siempre que le pregunté si había alguien más aquí. ¿Por qué?

Siguió un profundo silencio. Hazel clavó sus verdes pupilas en ella, inquisitiva. Los oscuros ojos de Marko tampoco se desviaron de la atractiva mujer de cabello color miel que administraba aquella propiedad.

Stella, de repente, bajó la cabeza. Exhaló un suspiro. Frank observó que estrujaba las manos nerviosamente.

—Tiene razón —confesó—. Hay una décima persona.

—Vaya... —pestañeó Mallory—. Al fin lo admite. ¿Por qué no lo dijo antes?

—No lo creí oportuno. Ni siquiera..., ni siquiera es ya una persona...

—¿Qué quiere decir con eso?

—Es... un pobre enfermo. Un loco. Vaga por el islote sin hacer daño a nadie. Roba la comida aquí, o se alimenta de plantas, hierbas y algas.

—¿Quién es, exactamente?

—Su nombre es Maxie. Maxie Bernard. Pero ni siquiera creo que se acuerde de cómo se llama. Enloqueció. Y por ahí anda siempre, en su mundo, que no es ciertamente el nuestro.

—¿Dónde habita? ¿En esta casa? —se alarmó Marko Rizzoli.

—No. Nadie sabe dónde mora. Hay un par de viejas casuchas, una en la playa sur y otra cerca de los riscos del lado este. Puede guarecerse en cualquiera de ellas. O dormir entre las palmeras, como un animal. Creo que ya no se diferencia mucho de ellos.

—Maxie Bernard... Un loco inofensivo —comentó Mallory—. Y aparte de eso, ¿qué clase de persona es... o fue?

—Fue marinero. Amigo de mi marido. Cuando Lewis..., mi esposo, falleció, el perdió la escasa razón que le quedaba. Fue testigo de su muerte, y sufrió un terrible shock. Ahora no permite que nadie se le acerque, excepto yo.

—Usted... —Mallory estudió a Stella—. ¿Por qué?

—Nunca lo he sabido. Quizá porque le recuerdo en cierto modo a Lewis. Mi marido fue también marino. Navegaron juntos, y juntos llevaron un pequeño negocio de fletes, hasta que todo nos fue mal, y Lewis aceptó trabajar aquí para los Larkin. Luego, el murió. Y se quedó Maxie, a quien había traído consigo para ayudar al pobre diablo, ya que había sufrido un ataque cerebral y no había quedado demasiado bien.

—Entiendo —Frank se frotó el mentón, la mirada vagando por el aire quieto de la bella y apacible noche estrellada—. Stella, ¿qué clase de accidente sufrió su marido?

—El más absurdo en un marino. Se ahogó.

—¿En qué forma?

—Practicaba la pesca submarina cerca de los Cayos. Debió golpearse en las rocas. Cuando apareció, flotaba en las aguas, cerca de la orilla, muerto. Tenía un golpe en la sien, con señales de musgo marino y señales de aristas como las de las piedras del fondo. Se le hizo la autopsia. Había muerto de asfixia, por inmersión prolongada.

—¿Quién encontró el cadáver?

—Maxie, precisamente. Parecía como despavorido, desequilibrado por el shock. Traía su cuerpo en brazos y balbuceaba cosas ininteligibles... Desde entonces, ya fue como un espectro que rehuía a todos. Esa es la historia completa. ¿Cree que vale la pena considerarle como el décimo habitante de esta isla en la noche de hoy?

—Es que lo es, Stella. Lo es...

Luego, se encaminó lentamente a la casa. Y comentó entre dientes:

—Dadas las circunstancias, creo que lo único que podemos hacer es intentar dormir todos. Cierren sus puertas con llave y pestillo. No abran a nadie, sea quien sea. Es una simple precaución.

—¿Cree que peligramos todos? —se asustó Marko Rizzoli.

—¿Usted qué opina? —Suspiró Mallory, encogiéndose de hombros, sin

dejar de caminar hacia la casa—. Recuerde lo que dijo la señora Parsons: esto puede ser una reedición de Diez negritos...

Y con tan lúgubre presagio, se aleló definitivamente.

Poco a poco, los alrededores de la piscina se quedaron desiertos. Pero nadie apagó las luces, como si temieran que la oscuridad podía atraer nuevos horrores a Cayo Tortuga.

Luego, lentamente, las luces de la casa se fueron extinguiendo en las habitaciones de sus ocupantes. Mallory pasó, un momento antes de entrar en su habitación y cerrar, por el dormitorio de los Larkin.

Tanto Sybil como Amy parecían dormir profundamente. Cerró de nuevo, con cautela. Apenas se hubo alejado por el corredor, Sybil alzó la cabeza. Amy la miró, con ojos muy abiertos, desde su cania vecina.

—¿Oíste todo eso que hablaban antes? —musitó Amy, temblando—. Han destrozado el radioteléfono, han hundido las canoas a motor... ¡Estamos aislados aquí hasta el lunes, cuando vengan tus proveedores con alimentos!

—Bien, ¿y qué? —se mantuvo, serena Sybil Larkin.

—¿Cómo puedes mantener la calma? Es enloquecedor... Tal vez alguno de ellos vive todavía... y quiere acabar con nosotras en venganza.

—Si eso fuera posible, te diría sin dudar de quién se trataba —rió entre dientes, con sarcasmo, la dueña de la casa—. Mi querido esposo Alan. El sería muy capaz de hacer algo así, no lo dudes. Pero aleja esa idea de tu mente. Está muerto. Tú lo mataste, ¿no es cierto?

—Oh, calla, calla, por Dios. No repitas eso nunca más...

—No tiene nada de malo. Igual que yo maté a tu esposo Larry. Vamos no seas chiquilla. Alguien sospecha algo y quiere jugamos una mala pasada, eso es todo. Recuerda lo que te dije: mantente serena... y triunfaremos. Te lo aseguro, querida.

Luego, se cambió de cama, acostándose junto a Amy. La rubia joven, temblorosa, estremecida, se abrazó a la exuberante figura de su amiga, como un niño buscando protección y consuelo.

CAPITULO VII

Un sol espléndido brillaba cuando Frank Mallory se levantó.

Era todavía muy pronto para lo tarde que se habían acostado y lo poco que había logrado, en realidad, conciliar el sueño.

Apenas se había incorporado y se desperezaba, disponiéndose a entrar en el cuarto de aseo, cuando el alarido abajo le sobresaltó.

Era un desgarrador grito de mujer, que rasgó la quietud matinal, bajo el sol ardiente y luminoso del sur de Florida, como un cuchillo lo haría con un tejido tenso.

—¿Qué mil diablos ocurre ahora? —mascullό, abriendo precipitadamente la puerta y lanzándose escaleras abajo.

Ya otros salían de sus habitaciones. Incluso vio a Sybil y a Amy asomar por la puerta de su habitación, al parecer ya recuperadas de su crisis y del efecto de los sedantes. Las miradas de ellas se cruzaron, despavoridas, con la de él.

—Mallory... —gimió Amy Feldon—. ¿Qué sucede esta vez?

—No lo sé. Voy a verlo.

—Ese grito era de Sally, estoy segura —afirmó Sybil, cuyo rostro empezaba a revelar preocupación.

Frank alcanzó la planta baja, precipitándose hacia el punto donde, de nuevo, histéricamente, se repetían los chillidos de la doncella. Stella Parsons apareció por un lado, Hazel Roberts y Rizzoli por otro. Todos corrían en igual dirección, con gesto de verdadero asombro.

Sybil tenía razón. Era Sally quien gritaba. Pegada a la pared, con expresión de infinito horror, sus ojos desorbitados, contemplaban algo que había provocado en ella aquella histérica reacción.

Los ojos de Frank Mallory se dirigieron rápidamente hacia el punto adonde la doncella miraba. Comprendió en el acto los poderosos motivos que la joven tenía para reaccionar así.

El mismo tuvo que lanzar una imprecación y supo con seguridad que el color huía de su rostro.

—Dios mío... —musitó—. Es..., es horrible...

El espectáculo no podía resultar más escalofriante. Allí, en el suelo de la sala encristalada, donde el sol caía luminoso, bañando de dorada luz todo el recinto, brillaba espantosamente aquel color rojo oscuro, seco y cuajado.

A un lado, el cuerpo. Al otro, la cabeza. Separada del tronco por un limpio y tremendo tajo que decapitó al muerto de modo fulminante.

El muerto era Larry Feldon, el joven esposo de Amy. Su cuello limpiamente segado a la altura de las carótidas señalaba claramente la fuerza del tajo. Su cabeza, bajo el hiriente sol, tenía el color de la cera, y los ojos desorbitados parecían de vidrio. La sangre no había manchado nada, sencillamente porque cuando le decapitaron estaba ya muerto por haber caído

por la escalera. Era horrible la idea de imaginarse a un cadáver decapitado después de ser robado su cuerpo. Pero eso, exactamente, había ocurrido.

—Que no entre la esposa —avisó Mallory roncamente—. Traigan un paño, una tela grande, lo que sea. Meteremos en ella el cuerpo y la cabeza. Con este sol, pronto se descompondrá, y el olor invadirá toda la casa...

—Podríamos subirlo a un cuarto desocupado —sugirió Stella, manteniendo la serenidad, aunque con rostro tenso y angustiado—. El aire acondicionado, puesto al nivel máximo de frescor, ayudará a que se conserve hasta el limes...

—Sí, es una buena idea —admitió Frank, pensativo, mientras Rizzoli y Stella se ocupaban de mantener a las dos viudas fuera de la estancia. Hazel asomó su cabeza, y los verdes ojos centellearon con un inevitable horror al captar el espectáculo.

Stella demostró ser una mujer valerosa. Más que eso: dueña de unos nervios de acero. Trajo un mantel, de gran tamaño, y tomó la cabeza con un extremo del mismo, depositándola luego en el centro.

—Pesa mucho —dijo sordamente—. Y está tan fría...

Asintió Frank, cargando con el cuerpo decapitado, ayudado por Marko Rizzoli. Todo fue depositado en el gran mantel, que se envolvió cuidadosamente, para que luego los dos hombres trasladaran el cadáver a la habitación indicada. En todo momento, Stella Parsons les guió y dispuso las cosas con una sangre fría admirable.

La estancia, vacía y con las ventanas veladas por persianas corridas, se puso a mínima temperatura. El cuerpo de Larry Feldon, el joven atlético y moreno que cayera la noche antes desde la escalera, se quedó allí. Stella cerró la puerta con llave, y entregó ésta a Mallory.

—Creo que usted es quien debe dirigir esta casa desde ahora —dijo serenamente—. Aunque no tenga experiencia en homicidios, es detective y tiene derecho a llevar la autoridad máxima. Creo que’ la señora opinará como yo.

Mallory guardó la llave sin hacer comentario alguno. Se encaminó muy tranquilo a la planta baja. Sally había ido a la cocina a prepararse algo para salir del shock. Hazel iba con ella.

Los cánticos de Jason volvían a sonar con su letanía inquietante. Sybil Larkin consolaba de nuevo a Amy Feldon que, lívida y desencajada, al borde del histerismo total, no hacía sino llorar y temblar, diciendo incongruencias.

—Necesitaríamos un médico —musitó Sybil, angustiada.

—Como no lo pidamos con un mensaje encerrado en una botella... —suspiró Mallory con un triste encogimiento de hombros—. Sería nuestra única posibilidad de contacto con el mundo exterior.

—Le daré más sedantes para que descanse y se calme —dijo Sybil amargamente—. Es la única solución que tenemos a mano para que esta pobre criatura logre ir pasando tales trances...

—Sí, creo que no hay otro remedio, señora Larkin —la estudió, pensativo

—. ¿Usted no está impresionada?

—Ahora tengo que estarlo —confesó ella—. Parece como si un espíritu siniestro se hubiera apoderado de este Cayo desde anoche...

—¿Un espíritu? —Mallory movió negativamente la cabeza—. Lo dudo. Yo no pienso como Jason. Más bien creo que lo que tenemos entre nosotros es... un asesino.

—¡Un asesino! —Sybil pareció acoger esa posibilidad con reparos—. Pero ¿por qué todo esto? ¿Por qué matar a Alan y a Feldon, por qué hacer desaparecer sus cuerpos, por qué devolver luego el de uno de ellos... decapitado? No tiene sentido...

—Cierto. No tiene sentido aparente. Pero alguno ha de tener..., a menos que sea la obra de un loco.

—Un loco... —repitió Sybil, pensativa—. ¿Jason?

—O Maxie Bernard.

—¡Maxie! —se sobresaltó Sybil, abriendo mucho sus ojos oscuros—. ¿Stella le ha contado quizá...?

—Sí. Me lo ha contado. Jason no es un loco, sino un fanático. Maxie sí parece estar trastornado. La locura lo explica todo. O casi todo. Menos este raro juego diabólico. ¿Dónde está el cadáver de Alan Larkin..., si es que realmente está muerto su esposo, señora?

Sybil dio un respingo. Por un momento, un vivo sobresalto asomó a su rostro, y hasta perdió parte de color. Amy, entre sus brazos, sollozó, temblando como aterida.

—¿Qué..., qué dice? —Jadeó Sybil Larkin angustiada—. ¿Por qué habla así? Todos le vimos sin vida. Usted mismo le auscultó, creo recordar...

—Tiene razón. Yo mismo lo hice. Pero hay personas muy inteligentes y astutas. Personas capaces de fingir su propia muerte con mucha habilidad. Si una persona pensara hacer una macabra broma de ese estilo, se cuidaría antes de tener a mano el maquillaje adecuado para fingir una herida en la frente, hemoglobina para falsear una supuesta sangre..., e incluso una droga que pueda provocar durante unos pocos minutos un estado de muerte aparente.

—Pero... ¡pero eso sería monstruoso! —Clamó Sybil, soltando a Amy y poniéndose en pie—. Usted está hablando de... dé mi esposo. Y él nunca sería capaz de algo así. Aparte de no tener motivos para ello... ¿Cómo se le ocurriría semejante atrocidad? Además..., Larry Feldon está muerto, asesinado según parece..., a menos que un loco haya tenido la absurda idea de robar un cadáver para depositarlo después. No, no. Alan murió, no puede haber fingido nada. Es una teoría descabellada, Mallory.

—Es... simplemente eso: una teoría, señora Larkin.

—Con razón dijo usted que no tiene experiencia de casos criminales. Dios mío, imaginar que casi ha sugerido usted que Alan, mi esposo Alan, puede estar por ahí oculto, vivo... y jugando con nosotros un siniestro juego... en el que, sin duda, incluye usted la muerte de Larry Feldon...

—Eso lo ha dicho usted —sonrió Mallory—. Aún no hay pruebas de que

Larry Feldon fuese asesinado, recuérdelo. Incluso podría suceder que alguien intentara matar a los dos... y fallase con el señor Larkin. Ahora, él se ocultó, tras fingirse muerto, y realizar su propio juego. Es toda una siniestra y fantástica posibilidad, ¿no, señora? Pero eso sí: sólo una teoría, recuerde...

Se alejó, tras una cortés inclinación, dejando a Sybil y a Amy mirándose demudadas. Por vez primera, el miedo asomaba también al rostro de la viuda Larkin. Su amiga la aferró por los hombros, susurrando angustiada:

—¡Lo sabe, lo sabe, estoy segura! Ese hombre, Mallory..., sospecha la verdad.

—No, qué tontería... —jadeó Sybil—. No es Mallory quien me preocupa.

—¿Quién, entonces? ¿Alan, tu marido? —musitó Amy.

Sybil le hizo un gesto para que callase. Luego miró en torno, inquieta. Al ver que estaban solas, habló con rapidez, en voz muy baja:

—Tú eres quien mató a Alan. ¿Estás segura, realmente segura, de que no falló el golpe?

—Yo le ataqué de repente, cuando no lo esperaba. Le descargué el golpe con el objeto de bronce que tiramos al mar, tal como me dijiste... Le vi caer hacia atrás, con ojos dilatados, brotándole sangre abundante de la frente abierta. Luego, empujé las vitrinas sobre él. Pero ya no se movía. Estaba muerto, seguro...

—Ya has oído al detective Mallory. Alan era muy listo. Siempre lo fue. Y muy desconfiado. Si llegó a sospechar algo, pudo preparar un escenario... Era muy aficionado al grand guignol desde niño, debí pensarlo antes. Le encantaban las obras teatrales con mucha sangre y grandes efectismos y trucos... Pero ya no hablaba de eso últimamente. Dios mío, si fuera eso..., ¡si Alan estuviese vivo!

—Sybil, me asustas... —gimió Amy, lívida, descompuesta.

—Hay motivos para asustarse, créeme —jadeó ella, alterada, tomando a Amy de una mano y llevándola consigo hacia la planta alta de nuevo—. Si no aparece pronto el cadáver de Alan, será para preocuparse y pensar lo peor. Pensar que vive... y nos amenaza desde la sombra, esperando vengarse de nuestra conspiración.

—Sybil, tengo miedo... Quiero irme de aquí...

—Por desgracia, no se puede. Eso también podría ser una obra de Alan. Su mente sería capaz de todo. Frío, lúcido, astuto, calculador... Justamente lo que él era. Vamos, Amy querida. Creo que es mejor que reposes. Yo, entretanto, trataré de ver claro en este horror, de saber qué sucede realmente, por qué nuestro plan se nos ha vuelto de repente contra nosotras tan... tan extrañamente.

CAPITULO VIII

La playa estaba solitaria bajo el sol matinal.

El hombre paseaba, hundiendo sus pies descalzos en el mar. Se creía absolutamente solo, frente a la arena, el mar y las palmeras, en aquel sábado por la mañana.

Sin embargo, no estaba tan solo como imaginaba. Unos ojos vigilaban, atentos. Unas suaves pisadas, sobre la arena, aproximaban al observador hacia el punto donde estaba el solitario de la playa.

De repente, éste pareció intuir algo. Dio media vuelta. Un par de ojos aterrorizados se clavaron en la figura humana que se le acercaba. Echó a correr como un desesperado.

—¡No, Maxie! ¡Espere! —voceó el otro—. ¡No se vaya!

Pero Maxie corría velozmente, chapoteando sus pies en la espuma del suave oleaje. Como si tuviera miedo a que cualquier ser humano le viese o se aproximase a él.

El otro hombre también echó a correr. Sus piernas tenían una agilidad increíble. Parecía un corredor de fondo, devorando yardas y yardas, reduciendo velozmente la distancia que le separaba del hombre solitario.

Este, despavorido, vio que, acaso por vez primera, otro hombre lograba acercársele, corriendo como un gamo. Su propio temor le hizo tropezar en un hoyo, y caer en la arena.

Extendió sus brazos, suplicante.

—¡No, no me haga nada! —Rogó, con voz ronca, desfigurada quizá por los largos silencios a que sometía su existencia de anacoreta, perdido en los recovecos del Cayo—. ¡No me haga daño! ¡Yo no hice nada! ¡Yo no le maté!

—¿Matar? ¿A quién? —Se interesó vivamente su perseguidor, parándose ante él con una alentadora sonrisa de amistad—, ¿A quién no ha matado usted, Maxie?

—A... a Lewis. A mi amigo Lewis... Yo no le maté... Lo juro...

—Lewis... —repitió él, comprendiendo. Sus ojos estudiaron fijamente al hombre desquiciado. Descubrió un rostro alargado, flaco, de barba descuidada, de larga melena, mal vestido con una camiseta de marino, de manga corta, y un pantalón azul, deshilachado sobre los pies descalzos—, Claro. Su amigo Lewis... Lewis Parsons, ¿verdad?

—Sí, sí... Lewis, mi querido amigo Lewis... —asomó humedad a sus ojos —. Ha muerto, ¿lo sabía? El mar lo devolvió... y yo lo encontré. Eso fue ayer...

—¿Ayer?

—No, no... No fue ayer. Hace una semana... O más. No sé —tristemente, se puso de rodillas en la arena. Recogió una concha marina, y la miró como si fuese un juguete nuevo—. Pero yo no le maté...

—Nadie le mató, Maxie. Fue el mar. El mar mata también a los amigos...

—No. No fue el mar. Le mataron. Pero no fue el mar. Yo sé que no fue el mar...

—Usted sabe... ¿Qué es lo que sabe, Maxie?

—Que el mar no lo mató. Sólo lo devolvió. No lo quería.

—Maxie, yo soy Frank. Frank Mallory. Quiero ser su amigo también.

—Yo ya no tengo amigos. Nadie quiere ser amigo de Maxie. Se burlan de Maxie siempre que le ven. Solo la señora no se burla de Maxie...

—¿La señora? ¿Quién? ¿Sybil Larkin?

—No, no... La señora. Stella...

—Oh, entiendo. La señora Parsons. La esposa de Lewis...

—Lewis murió.

—Sí, lo sé. La viuda, en tal caso.

—Para mí sólo es la señora.

—¿Usted la quiere, Maxie?

—Sí. Mucho —sus ojos claros se desviaron, perdiéndose en la nada—. Sólo quiero a la señora. Y ella a mí.

—Ahora también estoy yo, Maxie. ¿Me quieres a mí como amigo?

—Sí. Creo que sí te quiero como amigo —correspondió en el trato a la familiaridad de Mallory—. Pareces bueno. No te ríes de mí.

—Yo no puedo reírme de ti, Maxie. Soy tu amigo. Los amigos no se ríen.

—Claro —le puso una mano en el brazo—. Pero ten cuidado. Mucho cuidado.

—Cuidado, ¿con qué?

—Con quién... —ratificó astutamente Maxie, sonriendo ladino.

—Ah... —Mallory se mostraba profundamente interesado por el curioso personaje y sus oscuras disquisiciones—. Y... ¿con quién he de tener cuidado?

—Con el que mató a Lewis..., el que mató a mi amigo...

—Pero si yo no sé quién le mató..., ¿cómo puedo tener cuidado, Maxie?

—Claro, claro. Tienes que saberlo, igual que yo.

—Igual que tú. Eso es. Entonces, yo tendré cuidado —el detective se inclinó hacia el loco—. Dime, Maxie: ¿quién mató a Lewis?

—Fue... —se detuvo. De repente escuchó algo, hacia el mar. Sonrió como un niño pequeño—. ¿Oyes ese ruido?

—¿Qué ruido?

—El que trae el mar. Se queja... Llora.

—Ibas a decirme quién mató a Lewis...

—¿No oyes los lamentos, el llanto del mar? —insistió

Maxie, definitivamente decantado su interés hacia otra cosa.

—Sí, sí, pero no has terminado de hablarme. Recuerda que somos amigos, que has de decirme quién mató a tu amigo Lewis...

—Otro día, otro día —palmoteó Maxie—. Cuando no llore el mar. Entonces hablaremos. Ahora ya somos amigos, ¿verdad?

—Amigos, sí —Frank intentó aún desesperadamente atraer al desquiciado personaje al mismo tema que habían estado abordando antes—. Pero falta tu

amigo Lewis. Y el que le mató, claro...

—Toma. Este es mi regalo de amigo —le tendió bruscamente la concha de mar—. Guárdalo. No lo pierdas nunca. Es mi mejor juguete. Ahora es tuyo, porque somos amigos. Ahora, vete.

—¿Por qué? ¿No te gusta que siga aquí en la playa contigo?

—No. Nos miran. Nos vigilan. No me gusta. ¡Vete, vete!

Y el propio Maxie echó a correr, inesperadamente, dejándole solo en la orilla. Miraba repetidamente a las rocas y las palmeras, como si alguien estuviese vigilando realmente desde allí, y su presencia le diera miedo.

Mallory dirigió su mirada adonde clavara los ojos el asustado Maxie. No podía estar seguro, pero le pareció que los arbustos se movían junto a un par de palmeras, y una sombra furtiva se deslizaba fuera de su alcance, agazapada entre los ramajes de un verde brillante.

¿Era verdad, ciertamente, que alguien vigilaba la playa, y en la playa particularmente al trastornado Maxie?

¿O le estaban vigilando a él?

Regresó a la finca de los Larkin, sintiendo la extraña impresión de que había estado muy cerca de una singular revelación, de algo que sólo el loco conocía, y que quizá no confirmaba la versión de que el marido de Stella había muerto víctima de un accidente en el fondo del océano.

Un accidente..., ¿o un crimen?

Valía la pena preguntarse si todo lo que decía Maxie eran cosas sin sentido, o existía una razón para que su mente, ya víctima de un ataque cerebral, se hubiera trastornado de modo definitivo al encontrar el cadáver de su amigo Lewis Parsons... o al ser testigo de su asesinato.

En cuyo caso, la macabra historia de Cayo Tortuga había tenido su prólogo mucho antes de aquella siniestra noche pasada.

CAPITULO IX

Sybil Larkin asomó al salón de las grandes vidrieras. Alrededor del mismo, sorprendentemente, no se veía a persona alguna aquella mañana. Ni rastro de Hazel, de la doncella Sally, de Frank Mallory, y menos aún de Amy Feldon, que volvía a descansar arriba, bajo el efecto de los sedantes, ya que su estado nervioso era lamentable tras los últimos sucesos.

En cambio, Marko Rizzoli estaba allí. Solo, ataviado con un deslumbrante suéter blanco y pantalón corto de igual color, que permitía descubrir lo bronceado de su oscura piel latina, así como la belleza varonil de las piernas de deportista del joven.

Sybil aprovechó la ocasión. Lo cierto es que parecía haber estado deseando todo el tiempo encontrarse a solas con Marko, y éste, como buen play-boy, se había dado perfecta cuenta de ello.

—Buenos días, Marko —saludó ella, haciéndose la encontradiza.

—Buenos días, señora —saludó él, respetuoso, observando de soslayo que la indumentaria de la morena y hermosa mujer de Alan Larkin no era la más adecuada para un día así, puesto que el liviano tejido translúcido, color lila, permitía descubrir nítidamente cada rincón de su cuerpo. Y era obvio que bajo aquella vaporosa prenda que envolvía su cuerpo turgente, no llevaba absolutamente nada. En sus senos, marcados procazmente en el tejido, y en la sombra oscura de sus ingles, entre los muslos magníficos, era donde más se notaba. Si se volvía de espaldas, por supuesto, también sus glúteos se marcaban nítidos, firmes y redondeados, contra el tejido lila.

Era una mujer que despertaba apetitos insanos, y ella lo sabía. Se sentó junto a Marko Rizzoli. Tan cerca de él, que inevitablemente, la punta de sus bien desarrollados senos rozaba el brazo del latino.

—Supongo que estará deseando abandonar esta isla lo antes posible... —apuntó ella, por hablar de algo.

—Si he de serle sincero, por lo que en ella ocurre, sí. Por otro lado, hay cosas que me retienen muy gustosamente aquí, y no me importaría permanecer por más tiempo en ella.

—¿Aun corriendo peligro?

—Aun corriendo peligro —asintió Marko. Miró a los ojos a la resplandeciente viuda—. Hay cosas que compensan sobradamente de todo riesgo. Como una mujer hermosa y deseable, pongamos por ejemplo.

—¿Existe en este lugar esa mujer «hermosa y deseable» que usted cita? —insinuó maliciosa ella, mostrando la puntita de la lengua entre sus labios carnosos.

—Existe, sí.

—Supongo que será su compañera...

—¿ Hazel? —Marko rió—. No, no. Es hermosa, pero sólo somos dos buenos amigos. Cuando me necesita de acompañante recurre a mí, y yo a

veces recurro a ella. Eso es todo. Yo me refería... a otras personas.

—¿Puedo saber a quiénes, Marko? —susurró ella, entornando los ojos y moviendo lúbricamente su figura sobre el asiento.

—¿Si puede saberlo? Claro que sí. Sólo existe una... ¡y eres tú! —soltó la revista que hojeaba e, impulsivamente, la tomó entre sus brazos, la atrajo hacia sí y comenzó a besarla ardorosamente, a recorrer sus formas, sobre la simple envoltura del tejido vaporoso, con manos acariciadoras y expertas, que hicieron gemir a la ardiente Sybil. Ella se pegó también a él, adhiriendo sus labios a los del moreno joven, su mirada por encima del hombro del latino, por si algún inoportuno aparecía en las piscinas y sorprendía la escena.

Notó que la virilidad de su pareja se encendía con la efusión del momento, y ella deseó poderse entregar al hombre apasionado qué la acariciaba. Pero la sensatez y serenidad se impuso.

—Esta noche, Marko... —susurró—. Esta noche..., yo te avisaré.

—Sí, Sybil, mi amor... —asintió, todavía reteniéndola entre sus brazos, aunque ella se fue separando, cautelosa—. Cuando quieras. Soy tuyo, seré siempre tuyo...

Ella sabía que él iba por su dinero, por lo que pudiera sacarle. Y él sabía que ella iba por el deseo, por el fuego sensual que ardía en sus venas. Pero ninguno se engañaba. Y cada cual recibiría justamente lo que solicitaba. Era la norma en estos casos.

Marko sonrió, incorporándose tranquilamente, y dirigiéndose a la salida, con una expresión significativa.

—Hasta luego, querida —musitó.

—Hasta luego, amor —respondió ella.

Y al quedarse sola y mirar de nuevo a la piscina y las palmeras, tuvo una rara impresión de sentirse vigilada. Como si alguien que no se dejase ver la escudriñara desde algún lugar, entre la hojarasca...

Se estremeció. Recordó las palabras de Amy, su cómplice: «¿Y si es Alan, tu marido, el que está vivo, el que nos vigila para vengarse?»...

Luego, ella misma había dudado. Había tenido la horrible sospecha de que cuando Amy descargó su golpe sobre Alan, no había conseguido nada, y él fingió su muerte.

Se puso en pie. No le gustaba estar allí. Era demasiado vulnerable a las miradas ajenas. La impresión de que alguien vigilaba era demasiado clara, demasiado evidente...

Tenía miedo. No podía evitarlo. Miedo de algo que no entendía, que no había entrado en sus planes.

Y ni siquiera sabía lo que era. Pero fuera lo que fuese estaba allí, cerca de todos ellos. Acechando como un espectro entre la espesura alegre, bajo el sol dorado de Florida.

Un hermoso paisaje, un lugar de ensueño, para un horror inexplicable.

* * *

Amy Feldon despertó de su letargo.

El sol estaba ya muy alto, y su dorada luz invadía toda la estancia donde había estado descansando aquellas horas, intentando recuperarse del último y terrible shock sufrido con la aparición del cadáver decapitado de su esposo.

Calculó que debían de ser al menos las cuatro de la tarde. El mar, desde la ventana, se veía intensamente azul. Se asomó sin abrir la vidriera, la cabeza apoyada en el vidrio, notando que la piel le ardía, en contacto con el fresco de la superficie cristalina. Contempló el paraje que le era tan familiar, por otros fines de semana mucho menos accidentados y trágicos, donde solamente se habían divertido sin temor a nada, sin sombras amenazadoras sobre sus vidas.

—Si no hubiera hecho caso de Sybil, si no me hubiera dejado arrastrar a esta locura... —musitó entre dientes, expresando sus pensamientos—. Nunca hubiese atacado yo a Alan Larkin, ni ella a mi Larry... Las cosas no estaban tan mal entonces. Ha sido su ambición la que nos ha perdido...

De repente, dejó de pensar. Le había parecido como si algo vago, una especie de sombra, se hubiera movido en la vidriera de la ventana. Tardó un instante en comprender que no era más que el reflejo de alguien que había debido asomarse a la puerta de su habitación en este momento. Y que aún estaba allí a su espalda, mirándola.

Con la luminosidad del sol reflejándose en la ventana, era imposible vislumbrar de quién se trataba.

Quizá Sybil, quizá aquel inquietante joven, Frank Mallory, siempre tan sagaz en sus comentarios...

Se volvió, esperando encontrar a uno de ellos.

Un alarido desgarrador, delirante, escapó de su garganta. Una convulsión de pánico infinito la asaltó en plena tarde, a la luz radiante del sol y ante el bello paisaje tropical, cuando se enfrentó a la terrible presencia del umbral de su dormitorio provisional junto a Sybil.

¡Erguido, mirándola con ojos fijos, vidriosos, con terrible mueca que parecía una sonrisa, con la sangre resbalando por su rostro, desde los cabellos canosos y cuidados..., estaba Alan Larkin!

O su cadáver.

Amy retrocedió, emitiendo un chillido tras otro, y llena de espanto y de angustia, se precipitó sobre el vidrio de la ventana, con todo su ímpetu. Lo desgajó estrepitosamente, y se fue abajo, en una zambullida mortal que termino en las baldosas de la terraza, donde chocó con sordo impacto, rodeada de una lluvia de vidrios rotos.

CAPITULO X

El primero en acudir había sido Frank Mallory, el joven detective privado. Sólo pudo descubrir el cuerno, tendido sobre las baldosas de la terraza, en medio de un montón de fragmentos de vidrio, agonizando con un tremendo charco de sangre bajo su cuerpo, desperdigados sus rubios cabellos, dilatados los azules ojos, fijos en el cielo.

De labios de Amy, sólo llegó a captar unas pocas palabras, mientras los demás venían a la carrera desde diversos lugares de la finca; palabras que Frank captó nítidamente:

—Era él... Alan... Larkin..., en la puerta de la... habitación... Mirándome..., acusándome del horrible..., crimen... Perdón..., Dios mío...

Murió seguidamente. Tenía la cabeza gravemente dañada, y lesiones internas que precipitaron su final. Miró arriba, a la ventana de vidrios rojos. Se volvió.

A su alrededor, Hazel Roberts, Sybil Larkin, Stella Parsons, Sally la doncella... Él era el único hombre en el grupo, sorprendentemente.

—¿Alguno de ustedes ha visto a Marko Rizzoli? —se interesó.

Negaron, mientras contemplaban, con horror, el cuerpo destrozado de la rubia joven. Sybil, convulsa, sufría una nueva crisis nerviosa, y sollozaba, besando repetidamente el cuerpo de Amy.

Mallory la apartó del lugar, alejándola del cadáver. La preguntó:

—Usted y Amy eran grandes amigas. ¿Supone qué motivo pudo tener para poner fin a su vida?

—No, Dios mío, no... —Musitó ella, tras una vacilación—. ¿Cómo iba a imaginar tal cosa? ¿No pudieron... empujarla para que cayese?

—No lo creo. Me habló antes de morir, señora...

Una repentina, intensa palidez, invadió el hermoso rostro de la morena viuda. Miró con angustia al detective.

—¿Le..., le habló? —su voz era simplemente un susurro ronco.

—Exacto. Las últimas palabras. Las recuerdo como si las hubiera grabado en un magnetófono.

—¿Qué..., qué dijo ella? —la voz de Sybil se debilitaba por momentos.

—Exactamente esto: «Era él. Alan Larkin. En la puerta de la habitación, mirándome. Acusándome del horrible crimen. Perdón..., Dios mío.» Y murió, señora.

Sybil no dijo nada. Se pusieron sus ojos en blanco, la lividez se hizo cérea, y se hubiera desplomado, de no recogerla el propio Mallory en sus brazos.

* * *

—¿Qué cree que significa todo esto?

—Stella, cuantos más horrores se suceden, más difícil es comprender lo

que ocurre. Los cadáveres desaparecen para reaparecer con nuevas violencias, otros dicen ver a los muertos pasearse por los corredores de esta casa... Pero nada aparece claro. Ni lo que sucede, ni los motivos de todo este horror.

—Pero no podemos seguir a este ritmo, viviendo un horror tras otro. Mallory. Hay que hacer algo...

—Sí. ¿Qué hacemos, Stella?

—Si lo supiera... —suspiró ella, abatida la expresión, inclinando la cabeza.

Hubo una pausa. £n los alrededores de la piscina no había nadie. En realidad, daba la impresión de que todo el mundo estaba derrumbado. Tras la muerte de Amy, Sybil había caído postrada, en peor situación que nunca. La noticia de que su marido difunto había sido visto por Amy antes de morir no era precisamente la más adecuada para su estado nervioso, pero Mallory consideraba que no había por qué ocultar la verdad desnuda de cuanto sucedía.

Y lo que sucedía parecía estar más claro de lo que él daba a entender en sus comentarios. Frank Mallory tenía su propia idea sobre la muerte de los dos hombres la noche anterior. Lo que ignoraba es el factor inesperado que luego había surgido, para complicarlo todo increíblemente.

Mallory estaba seguro de algo: Sybil Larkin y Amy Feldon habían sido cómplices en un doble asesinato. Ni a Sybil se la podía culpar de la muerte de su marido, ni a Amy de la muerte de Larry. Cada esposa había perdido al esposo esa noche en dramáticas circunstancias. Pero en cada caso, al morir ellos, la mujer estaba delante de varias personas, con una coartada perfecta. Eso no podía ser casual.

Y ahora, venía una de las confirmaciones. El terror demencial de Amy Feldon, arrojándose por la ventana ante la supuesta presencia del espectro de su víctima, que la miraba acusadoramente. Un típico complejo de culpa..., a menos que, realmente. Alan Larkin no hubiera muerto y estuviese haciendo su propio juego.

La otra confirmación, el pánico que asaltó a Sybil cuando conoció las últimas palabras de su amiga al caer por la ventana. Ese pánico que había desembocado en una grave crisis nerviosa.

Ambas mujeres con un mismo terror. Y algo acosándolas. Como una venganza de ultratumba...

—No debo pensar en eso —se dijo Mallory, irritado—. Terminaré hablando como Jason... Todo lo que sucede aquí ha de tener forzosamente un origen humano, perfectamente terrenal, no del Más Allá. El caso es saber por qué... y de dónde viene el juego macabro en que estamos inmersos...

Pero reflexionando y dando vueltas al asunto, no resolvía nada. Pascó por la casa, sin encontrar a otra persona que a Sally, la doncella. Ella le sonrió con cierta expresión de tristeza, y se acercó a él, llevando licores en la bandeja.

—Nadie quiere tomar nada —se quejó—. ¿Usted sí, señor?

—Sí, yo sí —sonrió Frank, tomando un martini de la bandeja. Miró pensativo a la muchacha—. Sally, ¿no está asustada?

—Mucho —asintió ella, abriendo mucho los ojos—. ¿Usted no?

—Estoy asustado de lo que puede llegar a suceder aquí. Eso es todo.

—Jason dice que la casa está llena de malos espíritus, que el mal nos rodea.

—Tal vez tenga razón, a su modo —asintió Frank, pensativo.

Sally se le acercó. Apartó la bandeja, de modo que sus pechos rozasen el brazo del joven detective. Cuando lo logró, no hizo nada por moverse.

—Usted me da ánimos —dijo—. Me gusta tenerle cerca.

—¿De veras? —sonrió Frank. Se inclinó hacia ella y besó su boca carnosa. Notó el palpitante, jugoso contacto de aquellos labios frescos y voraces. Ella le mordió el labio y enroscó su lengua en la de él—. Eres encantadora, Sally... Aun rodeada de mujeres tan hermosas, destacas entre ellas... Eso tiene mucho mérito.

—Béseme otra vez... —rogó ella, entornando sus ojos, con ardiente expresión. Notó las palpitaciones de los pechos femeninos contra su tórax—. Me gusta usted...

Frank dejó el martini en una mesa. Rodeó a la muchacha con sus brazos, después de despojarla también de la bandeja. Ella se entregó a su abrazo, notó que su cuerpo sinuoso culebreaba en torno a él, y notó el calor de sus ingles al oprimirse contra las suyas.

—Oh, querido, qué placer... —la oyó susurrar, mientras la carnosa boca casi succionaba sus besos con un ardor inimaginable.

Ella se arqueaba, para adherirse más a él, y tal vez hubiera llegado mucho más lejos todo, de no sonar en aquel momento pisadas cercanas. Se volvió Frank, soltando a la joven y provocativa doncella. Ella se recompuso, defraudada, recogiendo la bandeja. Dirigió una mirada abrasadora al detective.

—Te veré luego... —musitó con ronca voz, alejándose.

Frank asintió, recuperando su martini. Observó que Marko Rizzoli doblaba el ángulo del corredor y entraba en el salón. Se miraron ambos.

—Menos mal que aparece usted —comentó Mallory, trivial—. Llegué a temer por su vida.

—¿Por la mía? —se extrañó él—. Estuve paseando por ahí...

—Ya. ¿No estaba en la casa cuando Amy Feldon se mató?

—No —se estremeció Rizzoli—. Me lo han contado. Es espantoso. ¿Por qué lo pregunta?

—Porque usted y yo somos los dos únicos hombres que quedamos con vida en el lugar..., exceptuando a Jason. Y, naturalmente, a Alan Larkin, si es que realmente vive y está jugando al escondite.

—Eso no tendría gracia. Sería responsable, entonces, de la muerte de Amy, ¿no es cierto?

—Podría serlo, sí. El fue visto por Amy y por eso se arrojó por la ventana. Pudo ser él... o alguien caracterizado como el muerto.

—Eso es absurdo.

—No tanto —objetó Mallory—. Entra dentro de lo posible. Un hombre se disfraza fácilmente de otro, sobre todo cuando puede añadir sangre a su rostro, y fingir una determinada herida. Usted es moreno, Rizzoli.

—¿Y qué?

—También lo era de tez Alan Larkin. Pudo suplantarle muy bien. Usted es actor. Sabe que el plástico y la hemoglobina, junto con un buen material de postizo, puede hacer milagros. Y de hecho, los hace.

—¿Me está acusando de algo? —se irritó Marko.

—No, de nada —suspiró Frank—. No tengo pruebas. Ni contra usted, ni contra nadie. Además, estamos en una curiosa situación. Sin policía, sin medios de comunicación... y encerrados con un asesino.

—Un asesino... ¿Pero quién de nosotros? ¿Yo, Hazel, Sybil Larkin, Stella Parsons, el servicio..., o el fantasmal Alan Larkin, cuyo cadáver sigue sin aparecer?

—No lo sé, amigo mío. Las posibilidades abarcan a todos, incluso a mí. A fin de cuentas, mi presencia en este Cayo no está muy clara, ¿verdad?

—Cierto. Lo he pensado a veces. Pero no, usted no puede ser. No lo creo.

—Gracias por su confianza. A mí me gustaría tener la misma fe en alguien.

—¿No la tiene?

—No. Marko. Estoy seguro de que esta historia viene de antiguo. Al marido de Stella Parsons no le mató casualmente una roca en el mar. Le asesinaron.

—¿Cómo está tan seguro?

—Hubo un testigo del crimen. Alguien que sabe la verdad.

—¿Quién?

—Maxie Bernard.

—¿El loco que deambula por la isla? He oído hablar de él. Es ridículo. No puede creer usted en el testimonio de un demente.

—¿Por qué no? Los locos no siempre mienten o inventan cosas. Saben ver y recuerdan. Lo que ocurre es que desfiguran las cosas, las confunden y mezclan. Si hay una idea fija en el fondo de su subconsciente, es que realmente hay algo de realidad en ella.

—¿Es su único motivo para creer que mataron al marido de Stella?

—Sí. Eso, y mi corazonada.

—¿Le ha revelado él algo?

—En cierto modo, sí. Y en otro modo, no.

—No le entiendo. Está usted muy misterioso, Mallory.

—No, no. Digo la verdad. El no ha concretado nada todavía. Pero entre sus divagaciones, hay cosas concretas y precisas que se evaden en sus palabras. Como le decía, creo que la muerte del marido de Stella Parsons fue el principio de todo esto.

—¿Por qué la mataron?

—Si lo supiera, sabría también quién lo hizo. Actualmente, esa tragedia tuvo su continuación en el presente. De nuevo la muerte ha vuelto al idílico

Cayo, y de nuevo no se ve claro el motivo de tanta muerte inexplicable. Cierto que sólo tenemos un crimen por ahora: el asesinato del joven Feldon. Luego, si el cadáver de Alan Larkin aparece, serán dos. Lo de Amy fue un suicidio. Pero provocado inteligentemente, sabiendo su actual estado de depresión iras los sucesos de estas últimas horas.

—Menos mal que a Sybil Larkin no le ocurre nada. Si ella es empujada también al suicidio por el supuesto fantasma de su marido, ¿adónde iría a parar tanto dinero como poseen? Muertos ambos, sin familia y sin hijos..., ¡cualquiera sabe!

—Sybil Larkin... ¡Dios mío! —Se sobresaltó Mallory de repente, dándose un golpe en la frente—. ¡Qué torpeza la mía!

—Pero, Mallory, ¿qué le ocurre? —gritó Marko, al verle salir disparado hacia el interior de la casa.

Frank Mallory no contestó. Alcanzaba ya el vestíbulo, y subía vertiginosamente la escalera dé tres en tres, mientras se maldecía interiormente por algo que no había sabido prever a tiempo.

El corredor aparecía vacío, las puertas cerradas..., excepto una, que estaba sólo entornada.

¡La puerta del dormitorio de Sybil Larkin, desde el cual se arrojara a la terraza Amy Feldon!

—Lo que me temía... —jadeó Mallory, palideciendo—. Dios quiera que llegue a tiempo...

Se precipitó violentamente sobre la puerta. La abrió con fuerza.

Llegó justo a tiempo. La figura espectral estaba sujetando en sus brazos a Sybil Larkin, profundamente dormida, ahora bajo el efecto de sedantes realmente fuertes.

Ni siquiera se había despertado ante la horripilante presencia de aquel ser de pesadilla con el que Mallory se encaró.

Era el rostro mismo de Alan Larkin, bañado en sangre, con la frente hendida de forma atroz, el que se volvió hacia él. Los labios yertos, dibujando un rictus sardónico, ni siquiera se movieron. Pero de entre ellos escaparon unas sordas imprecaciones.

Estuvo a punto de lanzar por la ventana el cuerpo exánime de Sybil. Frank Mallory, rápidamente, se precipitó al hueco y llegó a tiempo de aferrar por las piernas, dejando cabeza abajo a Sybil Larkin, a la mujer que iba a ser asesinada con todas las trazas de un segundo suicidio.

Las ropas de Sybil, al deslizarse boca abajo, dejaron sus bellas piernas al desnudo. Así la mantuvo Mallory con todas sus fuerzas, antes de poder alzarla a pulso y reintegrarla a su lecho.

Para entonces, ya el fantástico ser de horrible rostro corría por el pasillo, lejos de su alcance. Frank Mallory se precipitó tras él, no sin antes cerrar la puerta del dormitorio de Sybil, y llevarse la llave consigo.

La figura furtiva había desaparecido ya, demasiado de prisa para ser la de un auténtico ser de ultratumba. Mallory miró a uno y otro extremo. Luego,

resueltamente, avanzó en dirección opuesta a la que era lógica.

Se aproximó a las últimas habitaciones de aquella ala. Las que no se utilizaban, excepto una, que conservaba en un mantel el cuerpo y cabeza del joven Larry Feldon con la temperatura lo más baja posible para evitar la descomposición del cadáver.

Justamente esa habitación es la que abrió. Entró en ella, notando un estremecimiento, a causa de la baja temperatura reinante. Sobre el lecho, reposaba la forma fúnebre. Frank estudió en torno suyo el lugar. Tras una vacilación, fue al fondo, a un armario empotrado que cubría el muro por completo en aquel lado.

Lo abrió bruscamente.

Luego, se echó atrás.

Lo hizo muy a tiempo. Del profundo y amplio armario, surgió, violenta, la figura del ser con el rostro de Alan Arkin. En su mano esgrimía un largo y afilado cuchillo que dirigió a su garganta, con intención de degollarle.

Frank Mallory actuó eficazmente. Había aprendido nociones de lucha oriental. Bloqueó con su antebrazo izquierdo el impulso del brazo agresor y, rápidamente, aferró con la otra mano la muñeca armada, al tiempo que disparaba una de sus rodillas contra las ingles del otro, logrando doblarle, con un gemido de intenso dolor.

Sin darle tiempo a reaccionar, Mallory le soltó un codazo a los ojos. El tipo misterioso se cubrió la parte dañada con un alarido, y trató de luchar por evadirse.

No lo logró. El cuchillo había caído ya al suelo. Mallory remachó su tarea con un seco golpe en la nuca. El supuesto «fantasma» cayó a sus pies, inerte.

Frank Mallory contempló al caído. Luego empezó a despojarle de peluca, postizos, plástico moldeable para el rostro y toda clase de aditamentos para fingir un rostro espantable.

Debajo de esa máscara, apareció un rostro joven, moreno, atractivo. Un rostro que nadie hubiera esperado ver.

Frank Mallory se echó a reír. Luego fue a la cama. Desplegó el mantel, y tomó la cabeza del decapitado. La examinó de cerca. Luego, cogida por los cabellos morenos, la llevó hasta el caído. Éste abría ya los ojos, provistos de lentillas, y miró la cabeza que pendulaba ante él.

Era como si se viese a sí mismo.

El asesino era Larry Feldon, el joven esposo de Amy. El hombre decapitado. El único a quien se daba por muerto.

La cabeza del otro cuerpo era, naturalmente, una perfecta reproducción en cera, con idéntico peso al de una cabeza humana.

—Ahora ya sé quién es la persona que es cómplice tuyo en este lugar —dijo sombríamente Frank Mallory—. La única que puede serlo... La que se apresuró a recoger la falsa cabeza y meterla en el mantel, para que nadie se fijara en la farsa montada...

CAPITULO XI

—¿Me está acusando, Mallory?

—Sí, Stella. Usted es la cómplice de Larry Feldon en este sucio juego de trucos y engaños. El no necesitaba siquiera confesarlo. Si la cabeza era falsa, es que usted era culpable. Nadie confundiría una de cera con una real, teniéndola en las manos. A distancia, y con la fuerte luz solar todavía. Pero en las manos... imposible.

—Eso no es ninguna prueba, y usted lo sabe —dijo dignamente Stella Parsons—. No podrá llevarme ante los tribunales...

—Claro que podré. Puedo demostrar que, si morían los Larkin, por falta de familia o descendencia, usted heredaba todo, conforme al testamento de ambos, en pago a su lealtad de tantos años.

—¿Y por qué iba a querer Larry Feldon unirse a mí en un complot criminal?

—Muy sencillo —rió Frank—, Porque Larry Feldon había hecho suscribir a su esposa Amy un seguro de vida por valor de medio millón de dólares. He encontrado la póliza en las pertenencias de Amy. Ya ve lo que son las cosas: Amy queriendo deshacerse de_ su marido y alcanzar la fortuna junto a su buena e íntima amiga Sybil, y resulta que su guapo marido estaba proyectando lo mismo respecto a ella, puesto que él es el único beneficiario de dicha póliza. Ambos, usted y él, obtenían cuantioso dinero. De modo que Alan Larkin está realmente muerto. Sybil, su mujer, irá a la cárcel por complot criminal con su amiga Amy, pero usted nunca verá un dólar de esa fortuna, porque también pagará por las muertes de Amy Feldon y de Alan Larkin. Porque supongo que el cadáver que utilizaron para vestirlo con las ropas de Larry Feldon, decapitarle y poner luego la cabeza de cera, será algún cuerpo comprado a un hospital, y no otra víctima...

—Fue comprado, es cierto. No hubo que matar a nadie... —se interrumpió, mordiéndose el labio inferior. Los presentes, Rizzoli y Hazel, asintieron, ante una ojeada de Mallory.

—Ya lo ven —sonrió el detective—. Ella misma se ha delatado. Habrá pruebas de sobra de su culpabilidad. Como las habrá de su responsabilidad en la muerte de su marido, a quien usted mató.

—¿Yo? ¿Por qué habría de hacerlo yo? —se irguió Stella, desafiante—. Maxie me quiere. Y él quería a Lewis. Si me hubiera visto matarle, no me aceptaría...

—Usted debió utilizar a otra persona para matar a su marido, sin mezclarse en el asunto para no ser acusada. Me imagino que su amigo, el propio Larry Feldon, debió venir por entonces, sin saberlo Amy, y la ayudó en ese crimen. Por eso al llegar los Feldon, Maxie se ocultaba siempre. Larry era muy mujeriego, Stella. Usted era uno de esos amores que tenía por ahí. Y su cómplice en los planes criminales que les convenían, como él lo había sido

antes de usted, seguramente para deshacerse de su marido y ser libre para vivir con él...

Stella bajó la cabeza. Apretó los puños, airada. Era evidente que estaba descubierta, vencida. Frank hizo un gesto.

—Bien... Parece ser eme sirvo para detective de casos criminales, después de todo... Vamos a mantener a recaudo a esta pareja, hasta que el lunes llegue la canoa de suministros. Ah, y también a Sybil Larkin. Es moralmente culpable de asesinato, puesto que intentó matar a Larry Feldon, aunque él, excelente gimnasta y contorsionista, fingió desnucarse al caer, y una droga de muerte aparente hizo el resto. Sabía el plan, y estaba preparado para cambiarlo a su gusto. En cambio, Amy sí mató realmente a Alan Larkin. Esas dos mujeres eran realmente unas morbosas asesinas, capaces de retorcerlo todo, pero no tanto como ustedes dos...

—Aún se queda algo en el tintero, detective brillante —sonó una fría voz —. Aquí también hay dos mujeres morbosas que lo saben planear todo mejor que nadie. Ha tenido un fallo, Mallory; dejarme a mí al margen. En realidad, el cerebro de toda esta operación soy yo. La amiga más íntima de Stella Parsons, y por quien ella ahora obtendría el dinero, de haber salido todo bien. Pero saldrá..., porque ahora he de matarles a todos ustedes...

Y la lesbiana que confesaba su intimidad con Stella apuntó a Mallory y a los demás con una pistola automática dispuesta a ser vaciada sobre ellos.

Esa mujer era... Sally, la doncella.

* * *

—Sally... —suspiró Mallory—. El tercer elemento... Sabía que había algo más, en este embrollo, pero ignoraba qué...

—Ahora ya lo sabe, Frank. Yo —sonrió ladina la hermosa doncella—. Stella y yo somos mucho más inteligentes que esas dos zorras. Amy y Sybil. Sabemos darle más morbosidad a todo. Es nuestro sello, ¿verdad, querida? Y Larry Feldon... es un buen auxiliar, eso es todo. Nos ayuda, le ayudamos... y formamos un trío muy bien avenido en todo.

—Entiendo —dijo Frank Mallory—. Me falta algo de experiencia en esto. He dejado* demasiados cabos sueltos. Seguro que usted, Sally, era quien, entre servicio y servicio, ayudaba a Larry a retirar cuerpos, poner falsos cadáveres, y todo lo demás, ¿no es cierto?

—Exacto. Y le vigilaba a usted cuanto me era posible. Era parte de roí tarea. No me fiaba de un detective privado. Creí que venía aquí por algo —la pistola apuntaba a Mallory fijamente ahora—. Desde que supe que Lewis Parsons, el marido de Stella, había estado naciendo aquí una labor secreta para el Servicio de Inteligencia de la marina de Estados Unidos, imaginé que su muerte atraería a agentes que buscarían los motivos de su muerte, el hecho de si fue un accidente o un crimen y todo eso.

—En efecto, querida. Así es. El Gobierno envió un agente especial. Pero

no era el detective Mallory..., sino alguien mucho menos evidente. ¿Por qué no suelta ese juguetito? ¿O quiere que le vuele la preciosa cabeza,

La doncella lanzó un grito de rabia. En su distracción ante Mallory, había dado tiempo a que otra persona extrajera de sus ropas un inesperado objeto negro, pavonado. Una pistola automática, calibre 32, que apuntaba directa a la cabeza de Sally.

Lo sorprendente es que quien se declaraba agente del Gobierno era... Hazel Roberts, la bella pelirroja.

CAPITULO XII

Las canoas a motor conducían a los viajeros a tierra.

Y no había sido preciso esperar al lunes para ello. Un pequeño transmisor de gran potencia, del que era portadora Hazel Roberts, había servido para conectar con tierra firme. Durante aquellas horas de pesadilla, no había querido utilizarlo, esperando que el clima de horror desencadenado terminase por permitirle resolver el caso, como así había sido.

Frank Mallory la miró, defraudado.

—Agente del Gobierno... No se puede uno fiar de nadie hoy en día, querida. Yo que, de no mediar Rizzoli, hubiera intentado seducirla...

—A lo mejor lo hubiera logrado —sonrió Hazel—. Sepa que Marko Rizzoli sí es realmente un actor de cine, como yo lo fui antes. Luego, ese trabajo ha sido mi fachada "para trabajar al servicio de la Inteligencia de Marina. Marko no es más que un engaño, una forma de presentar a alguien que parece un amante, un latin lover...

—Lo cierto es que lo soy —rió Marko—. Pero no de Hazel. Con ella, como he sabido más tarde, venía en plan de acompañante, para que jamás sospecharan de ella.

—Voy entendiendo —asintió Mallory—. De modo que no hay competidores si quiero cortejar a la más bella agente de mi país.

—Ninguno —rió ella de buen humor, contemplando la hilera de personas esposadas que, en otra canoa, viajaban a tierra, bajo control policial—. Puede empezar a intentarlo cuando quiera...

—¿Ahora mismo?

—¿Por qué no? —Hazel le miró con ojos muy abiertos—. Si he de serle sincera, Frank, usted me gustó desde el principio. Pero no me dio tiempo de seducirle. Usted se dedicaba más a Stella y a Sally, sin sospechar que estaba virtualmente en las redes de dos morbosas lesbianas, unidas para el crimen.

—Ya lo dije antes: no soy un buen detective para asuntos criminales.

—¿No? —Hazel se echó a reír—. Pues para no serlo, ha hecho una buena redada: cuatro culpables con destino a los calabozos, ¿qué más puede pedir para su primer caso criminal?

—Sí, quizá tenga usted razón, Hazel. No puedo pedir mucho más. Pero de no mediar su ayuda..., ¿que hubiera sido de mí?

—¿Y de mí sin usted? —Hazel alargó el brazo y tomó una mano de Frank Mallory entre las suyas. Sonrió, guiñándole un ojo—. Ahora, olvidemos asuntos profesionales, y hablemos de ese plan de seducción. ¿Cómo empieza?

—Acostumbro a empezar así —dijo Frank.

Se inclinó y besó los carnosos labios de Hazel. Luego, le preguntó, mirándola profundamente a los ojos:

—¿Quieres casarte conmigo?

Hazel se quedó asombrada, y se echó atrás, casi con un susto.

—¡Cielos, qué hombre! —murmuró—. Si esto es el principio..., ¿qué será después?

FIN